

ATREVIÉNDONOS A PODER...

DOS TEXTOS PARA EMPRENDER LA SALIDA DEL CAPITALISMO

Floreal M. Romero

Con mis agradecimientos por su colaboración a Marcel Sévigny, Charlotte Meunier et Khamil Ghouati.

Introducción:

Este escrito es una contribución para los Primeros Encuentros de la Ecología Social de Lyon a finales de Mayo del 2016, siendo el lema principal: “Salir del Capitalismo”. No obstante, he realizado una aportación complementaria en el párrafo C: *El auge de la sociedad mercantil*. Y es que resultaba importante subrayar el advenimiento de “la revolución militar” a finales de la Edad Media, como un estímulo decisivo para con los elementos que, una vez reunidos, pasarían a ser las categorías fundamentales y fundadoras del entramado capitalista embrionario: el Estado, el dinero y la consecuente aparición del asalariado. Luego sería la sociedad inglesa quién se encargaría de dar a luz y cuerpo al Capitalismo agrario desde principios del siglo XVI y más tarde al industrial, por dinámica propia y con el auge de las ciencias.

Este folleto no tiene pretensión de ser un manual de instrucciones ni un programa político. Nada más insinuarlo resultaría ser de una gran pretensión y hasta un engaño porque en primer lugar no existen manuales para la revolución y cuando por doquier los hubo resultaron desastrosos (desde el Manifiesto del Partido Comunista hasta el libro rojo de Mao-Tse- Tong), y en segundo lugar porque el camino se hace al andar y el de la transformación social y político, lo hemos de ir pensando, creando y asumiendo todas juntas, en un amplio movimiento que abarque todos los aspectos de la vida, como otrora el anarquismo social en el estado español. Non obstante, con este esbozo, espero haber aportado mi granito de arena que a su vez está constituido de miles de granos de arena puestos a mi alcance por muchísimas personas luchadoras, tanto desaparecidas como vivas, que estos granitos estén constituidos de afectos, de experiencias, de sueños, de energías creativas o de conocimientos de todo tipo. Y es todo este conjunto lo que permite crear un imaginario político nuevo, basado en una confianza siempre renovada en las capacidades creativas del ser humano para derrocar aquellas, destructivas que nos muestran a diario y que en el fondo tienen por raíz esa imposibilidad de ser creativas. Son estas imágenes diarias de violencia y de rapiña las que más pesan, las que más nos entorpecen a la hora de asumir un imprescindible cambio. Si, imprescindible porque de no hacer lo imposible, como advirtió Murray Bookchin, nos enfrentaremos a lo inconcebible. Pero, ¿no es cierto que vivimos por lo general, con una falta de empatía generalizada? ¿Tiene que ver esto con el hecho de vivir en un “desierto de la crítica”¹ o se trata del mismo fenómeno? Y no se trata de esa crítica cínica o burlona que vemos a profusión en nuestro entorno, esa que se complace en

1 Renaud Garcia: *Le désert de la critique* Ed. L'échappée belle

hundir a las demás personas sino de aquella que es capaz de ir a la raíz de la desgracia, de la injusticia, de la miseria de millones de personas y de los descalabros ecológicos. Esos descalabros, que amenazan con destruir los ecosistemas que antaño permitieron la aparición del ser humano y esta misma humanidad. De no ser capaces de vivir en armonía entre sí y con la naturaleza, lo que viene a ser lo mismo, corremos el riesgo, como seres geniales que somos, de perder nuestra propia legitimidad moral frente a la vida.

Entonces, hemos de salir de la rutina a todos los niveles y sobre todo a esa rutina que nos deja como ese sapo metido en una olla que se va calentando poco a poco progresivamente. Atontado no se da cuenta de que se está muriendo por esa alta temperatura a la que está sometido. De haberle aplicado esa alta temperatura de golpe, hubiese dado un salto vital fenomenal, lo que le hubiese salvado la vida. Estamos tan acostumbrados a esa presión constante que la anomalía se ha vuelto normalidad. Así el Capitalismo. Hasta el punto de que en nuestros tiempos, querer “salirse del Capitalismo” es como poco una utopía o una locura y como mucho una imposibilidad ya que, según nos dicen, el Capitalismo es el “orden natural”, el resultado de una evolución histórica irreversible. ¿Qué izquierda se propone de erradicar al Capitalismo? Todos los partidos de izquierda, están a favor de acariciar al capitalismo para razonarlo, para llevarlo por buen camino, o sea conseguir un Capitalismo de rostro humano, o bien verde, ect... O en el mejor de los casos domarlo, doblegarlo con la vara del Estado, hasta llegar a veces a la ironía de pedir la ayuda de la calle, sin darse cuenta que el Estado es el Capital. Esa estructura veloz y feroz que solo puede vivir creciendo, o sea destruyendo... Por lo tanto ¿qué significa ser anti-capitalistas para quienes todavía se auto-reivindican del anticapitalismo, todo y proponiéndose tomar las riendas del Estado?. En gran medida, este folleto intentará demostrar que más bien se trata, en el mejor de los casos de un anticapitalismo truncado.

Afortunadamente, los partidos no son las personas aunque estas últimas estén a menudo al servicio de este. Estamos con las personas aunque crean en un partido y voten por él. Si les votan, tal vez sea debido a que les parezcan más honrados, más justos y defensores de la justicia social y contra la exclusión. Y es que, si bien es cierto que nos situamos en la “zona peatonal del capitalismo”, no dejamos de tropezarnos a diario con sus márgenes de exclusión. Excluidos las paradas, los estudiantes, los inmigrantes, las personas más jóvenes. Y son sobre todo estos jóvenes quienes desconfiaron con el 15M, por ejemplo, del modelo político generalizado de democracia representativa y practicaron durante una corta primavera la democracia directa. Pero este pequeño ensayo poco elaborado, poco madurado, se vio muy pronto reconducido y ahora confían en esos partidos auto-denominados anticapitalistas, (aunque la mayoría de las veces a media voz para no asustar) como lo estamos viendo últimamente, tanto en Francia como en Inglaterra y más todavía en el Estado español. Pero el éxito de estos partidos, es la vehemente promesa de que los excluidos (un 40% de paro en el Estado español) se volverán a integrar en el sistema laboral, cuando sabemos todas que el Capitalismo ya no puede absorber una mano de obra que sobra por la automatización y robotización cada vez más generalizadas. Las demás promesas también van en contra de la lógica Capitalista de la competitividad, como es la de ir en contra de la privatización. Pero la gran pregunta a la que no pueden contestar de forma satisfactoria ninguno de estos nuevos partidos (de corte tan viejo como la socialdemocracia), en toda Europa es ¿cómo ir en contra del Capitalismo y derrotarlo con unas herramientas absorbidas y rediseñadas por y para el propio Capitalismo no solamente para mantenerse, sino también para expandirse? Estamos hablando de las instituciones estatales. Unas

instituciones que solo se pueden mantener con la plus-valía o sea con el negocio, la finanza que no es más que un “plus”, un añadido a un negocio cada vez menos rentable y que tienen que incrementar a la fuerza, so pena de no poder mantenerse. Una de las mejores condiciones es el mantener y avivar las guerras, y, siendo a la vez condición y consecuencia, la rapiña, la explotación, la miseria y la exclusión. Ya sea aquí cerca o allá más lejos. El reto es monumental y tenemos que pensar en qué pasaría si actualmente o muy pronto se colapsara el maná de los recursos energéticos del petróleo por ejemplo. Un colapso energético de tal envergadura no sería más que un colapso del “Estado de bien estar”, de la civilización capitalista industrial, un colapso del Estado. Lo que significaría volver a las dictaduras para contener las exacerbadas luchas de clase ya sea quién esté en el gobierno. No fue tan grande el enfrentamiento en Grecia y sin embargo fue este tipo de gobierno supuestamente “anticapitalista” el que capituló, de una manera lamentable, comportándose como un auténtico partido social-demócrata de recambio, pese a las protestas callejeras, para llevar a cabo las reformas dictadas por los intereses capitalistas europeos. Y no es que tales personas sean más cobardes que otras. Como bien dice Miquel Amorós, hablando de la lógica de la maquinaria del Estado: *“No se accede a ella impunemente, pues al instante el trepador político queda atrapado en el engranaje, y aunque lleve el equipaje repleto de buenas intenciones no podrá hacer más que lo que haya sido estipulado.”*

Por todo ello, les invitamos a revisar vuestro “anticapitalismo”² y que en lugar de espantaros por la palabra “radical”, de la que nos reclamamos, aprendamos de la historia, esa historia que nos demuestra que es por falta de radicalidad, tanto en nuestros análisis como propuestas, que vamos cayendo de unos extremismos en otros, no sin haber previamente apostado por los programas aparentemente de nueva cuña pero al fin moderados como “ciudadanistas” e incluso “municipalistas”³.

Porque, en realidad, el precio pagado por la moderación es muy alto como bien dice el sociólogo Barrington Moore, gran especialista de las revueltas y el cambio social: “Hay que decirlo, la moderación a engendrado tantas atrocidades como las revoluciones, y sin duda mucho más”. La humanidad ha gastado más energía y violencia para mantener el orden de las injusticias, que para destituirlo. Y así también nos explica la evolución de esas técnicas de “pacificación”: “Para mantener y transmitir un sistema de valores hay que golpear, aporrear, encarcelar, echar en los campos,

2 Es “anticapitalismo” el obrar por el llamado “tercer sector”? O más bien se trata de explorar e introducir, o sea acomodar individual o colectivamente a algunas personas marginadas, en los posibles huecos todavía intransitados del Mercado? En ello se encuentran, estos “anticapitalistas” en perfecta sintonía con los bancos como La Caixa que nos quieren convencer de que si se puede darle una inflexión al Capitalismo para otorgarle un “rostro humano”. La “Obra social” de la Caixa tiene “por razón de ser, contribuir a la equidad y la cohesión social” siendo “El apoyo a los colectivos más desfavorecidos, la promoción de la vivienda digna y la mejora medioambiental, algunos de los objetivos de los programas impulsados por la Obra Social “la Caixa”. Su revista: “Alma” Primavera Verano 2017

3 Los días 27 y 28 de junio del 2017 el Ayuntamiento de Barcelona, una Institución Estatal, convocó una reunión para debatir sobre Democracia Directa. Nada mejor para confundir a las personas, como nos dice Laia Vidal: “Confunden democracia directa y participación ciudadana, que no tiene nada que ver. La democracia directa es el autogobierno del pueblo por sí mismo, no una forma de hacer más participativas las instituciones existentes”.... “No se trata de “incidir”, de “presionar” a las instituciones oficiales, sino de hacer las cosas nosotras mismas, desde otro tipo de marcos políticos que no son los que nos presentan.”

halagar, comprar: hace falta fabricar héroes, hacer que lean los periódicos, levantar postes de ejecución, e incluso, a veces, enseñar sociología.”⁴

Por eso, no tenemos que temer la radicalidad, o sea ir a la raíz de todos los problemas que están acarreados por la dominación o la discriminación sean cuales sean, para entenderlos, con la razón y el corazón, para no dejarse llevar por esos estudiosos moderados, surjan de la escuela que surjan, de la sociología o de Ciencias Políticas, y para evitar reproducir los errores que hayan podido cometerse, incluso en nombre de la radicalidad. Hemos de ser decididas y decididos por construir un mundo entendible que rompa con las lógicas económicas y políticas del Capitalismo, y que nos deje obrar por un mundo hecho de muchos mundos, con la posibilidad y el entusiasmo de ir creando humanidad y naturaleza, hacia una auténtica Ecología Social.

En realidad si queremos cuestionar el modelo de esta sociedad capitalista total en la que vivimos, no basta con un lavado de fachada, que es lo que están haciendo los partidos políticos más “atrevidos”. El auténtico cuestionamiento va mucho más allá de un cambio de personas al mando de esa despiadada maquinaria desbocada, a la que sirven y por lo tanto no pueden obrar para destruir. Se trata en realidad de cuestionar los intrínsecos mecanismos de la apropiación del poder. En este fascículo abordamos las propuestas de Murray Bookchin, una de las figuras más fecundas, no solamente en cuanto que fue uno de los primeros, allá por los sesenta, en alertar de que la urgencia ecológica y la urgencia política se hacen eco la una a la otra sin que todavía hoy en día, se le tome la medida de la naturaleza altamente contestataria de esa convergencia. Cuestionar realmente el modelo de sociedad es a su vez cuestionar los propios mecanismos de la apropiación del poder. Además es de los pocos pensadores que no se satisfacen de unos análisis profundos e historicistas del advenimiento de la sociedad presente, usando todos las categorías de conocimiento a nuestro alcance (etnología, antropología, biología, historia, sociología y un largo etc.), sino que le mete mano a la obra para aportar propuestas metodológicas para una alternativa práctica y real. Unas propuestas que nos reconcilian como pocas con una “Imaginación creadora” de lo político, algo hace tiempo aborrecido y sin embargo imprescindible para cualquier cambio como así lo demostró Cornelius Castoriadis, creador de “*Socialismo o Barbarie*”. Es cierto que la ecología social y radical tiene el mérito de volver a centrar el cambio en la construcción a “largo plazo” pese, o tal vez debido a la urgencia, a que ya no nos podemos permitir el “lujo” de fracasar. No preconizó la lucha armada para el gran día, sino el trabajo paciente de crear, formar capacidad política y social por todos los medios y sobre todo por la práctica que es lo que constituye la primeriza e indispensable vía de la transición, ajustando los fines y los medios. Pero todo no quedó resuelto por él y nunca jamás tuvo esa pretensión. Nos quedan muchas preguntas por delante de las que son cuestión en este opúsculo. ¿Cómo se operarían la municipalización de los servicios públicos y como concebir la propiedad en modo cooperativo? ¿Qué es eso de la relocalización de los intercambios cooperativos en un mundo basado en la creencia de que todo tiene que circular e intercambiar en distancias sin límites? Luego está el tema fundamental del salir de la economía, o sea de lo que sería el post-capitalismo. ¿Cómo abandonamos el intercambio mercantil, sin la “señal-precio todo y garantizando las necesidades vitales y culturales de cada cual en el campo y en la ciudad, pese a su descentralización? Si bien las

4 Barrington Moore, citado en la revista del *Monde Diplomatique*, “*manières de voir*” *Radicalisations*. Febrero-Marzo del 2017. Autor de: “*Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*”. Editorial: Península, Octubre del 2002.

tecnologías son actualmente una panacea del poder, ¿Cómo apropiármolas para que estén a nuestro servicio, como así lo preconizaba Bookchin? Sería ir en contra de su ideario pensar que éste pensado contestaría a todas estas preguntas y más, pero como es a menudo el caso, la realidad se encarga de darnoslas. Para ello podemos girarnos tanto hacia el Levante como hacia el Poniente y ver como sociedades tan distintas han sido capaces de plasmar el cambio. En el Rojava, en el Kurdistán sirio, podemos palpar lo que representa una sociedad que se construye conscientemente y de forma explícita según un modelo político sacado de las obras de Bookchin. Y también podemos establecer un paralelismo con el otro lado, el poniente con la revolución zapatista en Chiapas.

Merece la pena seguir los pasos de este pensador que a partir de las injusticias en las que se ha visto involucrado de muy joven ha sabido transmutar su cólera en principio de acción para luchar, pensar y construir con los demás. Trágico, sin ser desesperado, voluntarista sin ser ingenuo, ha sabido mostrar una vía practicable, una alternativa positiva ahí donde muchos se complacen en lamentarse, en echar de menos al pasado, (a la falta de conciencia de clases, por ejemplo), etc.

Ha osado pensar que la realidad se inventa a contra-corriente de las costumbres adquiridas y ha mantenido una visión libertaria todo y reivindicando y apostando por una compatibilidad con un principio de lucidez estratégica organizativa. Seguimos sus pasos para atrevernos a poder de verdad.

ÍNDICE

I.- LA IMPERATIVA NECESIDAD DE SALIR DEL CAPITALISMO

1) Nuestra primera tarea: definir y situar al capitalismo

1.a) ¿Qué Anticapitalismo?

- 1.b) Etapas preliminares
- 1.c) El auge de la sociedad mercantil
- 1.d) Las «leyes naturales» del capitalismo
- 1.e) Europa: cuna del capitalismo
- 1.f) Los señores y los arrendatarios inician el capitalismo
- 1.g) La consolidación del patriarcado
- 1.h) El capital y el Estado
- 1.i) La domesticación del proletariado
- 1.j) Del mercado interior a la expansión del capitalismo
- 2) Del Estado
 - a) De su creación
 - b) De su papel y de su supuesta utilidad
 - c) Del asalto al cielo
- 3) El triunfo del capitalismo
 - a) Del marxismo
 - b) Del leninismo y sus avatares
 - c) De la socialdemocracia
 - d) De la izquierda
 - e) La magia del consumo masivo: los años dorados del capitalismo
 - f) La captación de las energías positivas por parte de la política
 - g) El sindicalismo revolucionario actual: una ilusión
 - h) La última metamorfosis del capitalismo

II.- LOS MEDIOS ADAPTADOS PARA SALIR DEL «CAPITALOCENO»

- 1) Situación actual: las fuerzas con que contamos
 - 1.a) Situarnos en la historia: los cimientos de la construcción
 - 1.b) Ver y situarnos bien en el presente para echar a andar
 - 1.c) Atreverse con un nuevo paradigma poscapitalista indispensable: un horizonte que avanza a medida que nos dirigimos hacia él
- 2) Los medios han de adaptarse a los fines
 - 2.a) De la ecología social como herramienta analítica
 - 2.b) Del municipalismo libertario como medio para un fin sin fin
 - 2.c) De las imposturas «municipalistas»
 - 2.d) Un proyecto a las antípodas
 - 2.e) De las diferencias y dificultades propias
 - 2.f) Del ámbito social al ámbito político
 - 2.g) De lo identitario y demás dificultades de «nuestro bando»
 - 2.h) De la salida de la economía
 - 2.i) El poder dual no es un camino de rosas
- 3) Hacia un nuevo imaginario
 - 3.a) La necesidad vital de un nuevo imaginario
 - 3.b) ¿Una nueva oportunidad histórica?

I – LA IMPERATIVA NECESIDAD DE SALIR DEL CAPITALISMO

- 1) Nuestra primera tarea: definir y situar al capitalismo

a) ¿Qué anticapitalismo?

La «producción» literaria entorno al capitalismo es de tal magnitud que querer abarcarla en su totalidad resulta misión prácticamente imposible. Por si fuera poco, si echamos un vistazo al amplio espectro «anticapitalista», las corrientes son de lo más variopintas y la gran mayoría solo pretende reformar el capitalismo, canalizarlo, dirigirlo, cambiar su rumbo, moralizarlo, poner un bozal allí donde sus fauces son más visibles, como en su aspecto financiero. Además, las medidas que preconizan para acabar con él solo se dirigen a los síntomas no a la raíz, sea cual sea la denominación de origen de estas escuelas anticapitalistas, ya sean marxistas, budistas, islamistas o keynesianas. Al fin y al cabo, todas pretenden utilizar al Estado como herramienta, supuestamente neutra, para el cambio, aunque llamen a la movilización del pueblo.

Por nuestra parte, para entender la desmesurada potencia de los imperativos capitalistas y de cómo acabar con él, nos remontaremos a sus raíces sistémicas, esas que impusieron una despiadada estructura dinámica de acumulación forzada, de maximización de beneficios y de incremento de la productividad del trabajo.

Si profundizamos en la literatura marxista radical, que es sin duda la que mejor ha entendido el fenómeno, encontramos importantes divergencias entre los distintos autores en lo que se refiere a los orígenes del capitalismo. Por otra parte, el propio Marx tenía una doble mirada ambigua, por lo que los teóricos de la «crítica de la valor»⁵ hablan de un «Marx exotérico» y de un «Marx esotérico»,⁶ siendo este último el más radical.

Y sin embargo, sin ser duchos en la materia, hemos de entender cuál es la versión más acertada, pues nuestra manera de concebir la historia del capitalismo determinará nuestro análisis y, por consiguiente, la elaboración de nuestras estrategias para vencerlo.

5 Ver <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=153760> o los artículos en castellano de www.palim-psao.fr

6 También Bookchin establece una clara diferencia entre el pensamiento «magistral» de Marx y el «retrógrado». Véase *Rehacer la sociedad* p.34, p.44, p.88, p.107, p.111, p. 116 y de la p. 121 a la 128.

Al estudiar el pasado, muy a menudo lo distorsionamos a través de nuestras «lentes economicistas» del presente. La mejor prevención sigue siendo la duda, pero también necesitaremos un conocimiento más amplio de nuestras formas de ser, sentir, pensar y actuar en las distintas sociedades a lo largo de la historia; y ahí es donde los conocimientos antropológicos y étnicos adquieren una importancia vital.

b) Etapas preliminares

Cada etapa histórica se cimenta en la anterior, pues en ella se crean las condiciones favorables para la siguiente. Aunque no siempre estas han sido determinantes para el advenimiento del capitalismo como culminación de sistema de dominación total, podemos conocerlo mejor si seguimos su compleja dialéctica evolutiva. Así pues, podríamos remontarnos toscamente —por falta de tiempo y espacio— al final del paleolítico superior para vislumbrar los gérmenes de la dominación venidera en esas sociedades igualitarias en derechos y obligaciones⁷. En un entorno que se volvió hostil por los cambios climáticos, la aparición de la agricultura, las migraciones, las diferencias y las luchas intertribales nos llevarían a la constitución de las primeras sociedades con jerarquías de dominio y a la aparición de los primeros imperios⁸ (las «megamáquinas» de Mumford). También tuvieron un papel relevante la creación del “préstamo y el crédito” (véase Graeber), y a largo plazo, la imposición de la moneda —inicialmente creada en la Era Axial para pagar a los ejércitos—, y el desarrollo paralelo y contiguo del comercio hasta llegar a la Edad Media. En una sociedad altamente estructurada por el feudalismo, la Iglesia y los gremios de artesanos, el mercado se desarrolla lentamente en sus intersticios hasta alcanzar en Europa unas dimensiones considerables. Con todo y pese a su indudable desarrollo, este enorme mercado internacional aún no se puede calificar como capitalista.

7 Véanse las obras de Polanyi, Mauss, Clastres y Graeber.

8 Tal vez Bookchin, en sus inicios, sobrevaloró a las sociedades pre-alfabetizadas; no obstante, su hipótesis sobre la relación entre cambio climático, agricultura y paso a sociedades con jerarquías de poder sigue teniendo plena validez (*Rehacer la sociedad*, Ed. LOM).

c) El auge de la sociedad mercantil

Sería ingenuo pensar que las prácticas determinadas por la estructura del comercio y el mercado previo al capitalismo eran «inocentes», podríamos afirmar más bien todo lo contrario. El beneficio y el lucro siempre han sido fundamento y motor de estas prácticas comerciales destinadas a los más afortunados, los cuales recurrían a la explotación, al saqueo y a la guerra para asegurarse el predominio de dichos mercados. Y precisamente, son esas guerras, en los siglos XIII y XIV de la Edad Media, las que contribuirían, al desarrollo de las condiciones previas y fundamentales para la constitución de las categorías estructurales del Capitalismo: el dinero, el trabajo asalariado y el Estado. El epicentro de esas guerras se sitúa sobre todo en la Europa occidental, guerras intestinas entre reyezuelos en Francia (Capetos contra Plantagenet) en la que se implican los ingleses (Guerra de Cien años) y que contribuyen al nacimiento del Estado-Nación monárquico, un esbozo del Estado moderno, debido a que los vencedores Capetos ensanchan sus territorios y concentran sus áreas de poder. Esta nueva configuración de poder tiene por efecto la dislocación del vínculo feudo-vasallo, pero ese desencaje estructural se ve reforzado por la llamada “revolución militar”⁹, una auténtica transformación del fenómeno militar por la introducción de las armas de fuego, así como la creación de ejércitos de soldados profesionales. Y como fue el caso para los ejércitos de Alejandro, en Grecia, quién empezó a popularizar la moneda para sufragar a sus ejércitos, este fue el segundo impulso que la catapultó, en primer lugar para pagar a esos mercenarios quienes, desencajados del vínculo vasallo, se convirtieron en los primeros asalariados, antes mismo de la institución del capitalismo. O sea que a partir de ese momento, sus vidas estarán estructuradas por el dinero y por el trabajo. Ello obliga al Estado a fomentar actividades que todavía no eran trabajo, ni economía y transponerlas en verdadero trabajo, que resulta ser la actividad para ganar dinero. “Está emergiendo y generalizándose el trabajo en su doble naturaleza concreta y socialmente mediadora”¹⁰. Si no podemos todavía hablar de capitalismo, en cambio sí podemos afirmar que se trata de un invento que nos acerca al capitalismo: “la economía”.

Contrariamente a lo que ocurrió en Asia, donde los reyes y generales despreciaban el comercio; en Europa, los militares y poderosos enseguida abrazaron la causa mercantil hasta que fueron sustituidos por los propios mercaderes y más tarde las propias

9 Geoffrey Parker en : *La revolución militar* Editorial Alianza 2002

10 Clément Homs en: *La politique ne s'oppose pas à l'économie* Presse des Décroisseurs berrichon www.Palim-psao.fr

estructuras capitalistas. Pero, previamente, los señores y los reyes en la Baja Edad Media facilitaron la financiación de los descubrimientos, siendo los Reyes Católicos quienes dieron el pistoletazo de salida con su apoyo financiero a Cristóbal Colón. Los descubrimientos desembocaron en colonias, y estas últimas generaron beneficios, que a su vez consolidaron la confianza en la economía, la cual se tradujo en más créditos. La «Reconquista» de España y la Conquista de América solo se diferenciaron por el lugar donde se produjeron. Los mismos mercenarios que perseguían «infieles» en la España católica, también seguirían persiguiendo “infieles”, nada más convertirse en conquistadores. Exaltados por las riquezas y atenazados por los créditos¹¹, se apoderaron de las Américas en un tiempo relámpago. Así, con el robo de oro y plata, se inyectaron más divisas en el comercio internacional en Europa, lo cual tendría repercusiones hasta en Asia. Desde ese preciso momento histórico, la dinámica financiera de los emprendedores mercantiles no dejó de tomar impulso en Europa. Pero eso sí, la primera víctima fue el continente americano, con un genocidio sin precedentes en la historia de la humanidad hasta esa fecha fatídica de octubre de 1492. El propósito era utilizar a los nativos como esclavos (humanos sin alma) para extraer sin costes las riquezas del subsuelo (oro y plata) y para trabajar en las plantaciones de algodón, azúcar, y tabaco cuyos productos luego venderían en toda Europa. De paso crearon hábitos nuevos y dependencia de estos dos últimos productos. Un siglo después del desembarco, la población de las Américas disminuyó hasta un 90%. Los nativos, casi exterminados, fueron sustituidos por africanos. Así pues, entre los siglos XVI y XIX, sobre todo con la presión posterior del capitalismo inglés y norteamericano, despojaron a África de diez millones de habitantes para convertirlos en esclavos. Y todo ello se financiaría con el mercado, en virtud de la ley de la oferta y la demanda. Así es como las compañías negreras vendían acciones en las bolsas de Ámsterdam, Londres y París, hasta finales del siglo XIX. Una inversión altamente rentable de un 6% al año.

A veces estas empresas funcionaban a nivel internacional sin intervención del Estado. Conviene recordar al respecto que Holanda (Provincias Unidas de los Países Bajos), sin ser un Estado plenamente constituido, consiguió librarse de los invasores españoles a partir de 1568 y en solo 80 años, en unas marismas batidas por el viento. Todo ello, para convertirse en la meca financiera de los comerciantes del continente. Al contrario que los absolutistas católicos, caprichosos y muy poco serios reyes de España, las recién creadas compañías mercantes, mucho más ricas e influyentes, se ganaron la

11 David Graeber, *En deuda: una historia alternativa de la economía*, Editorial Ariel, 2012.

confianza de los inversores mediante sofisticados mecanismos financieros y por responder de los préstamos con más garantías que los particulares. Las Provincias Unidas, gracias a estas compañías, se liberaron de la tutela española mediante la contratación de mercenarios y la compra de una potente flota. Así pues, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC) consiguió en 1602, conquistar por sí sola, sin ninguna ayuda, a Indonesia, el mayor archipiélago del mundo, y solamente en el año 1800, el Estado holandés logró hacerse cargo del control de la colonia, que duraría siglo y medio. Este llegó a crear una sociedad mercantil que superaba a la de Florencia y desarrolló la sociedad comerciante con mayor presencia en el mundo. Pero estos éxitos mercantiles fueron a menudo apoyados por medios «extraeconómicos», como las escaramuzas y las guerras. Pese a todo, todavía no se trataba de un mercado capitalista, pues este aún no estaba sometido al imperativo típicamente capitalista de maximizar los beneficios mediante el desarrollo de las fuerzas productivas. La mayor preocupación de estos mercaderes, aunque invirtieran en agricultura o industria, era la *circulación* de los productos en largas distancias, desde mercados muy diversos y dispersos, y el almacenamiento de los mismos, por el que también cobraban. Eran productos de lujo, destinados mayormente a las élites, aunque también grano procedente del Báltico para sus ciudades, las más pobladas de Europa. No les interesaba la producción, ni pensaban en reducir los costes de producción para aumentar las ganancias. De ahí la necesidad crucial y la desmesurada obsesión por dominar el comercio internacional, el transporte y los intercambios de bienes procedentes del exterior. La crisis del siglo XVII en Europa se hizo sentir y marcó el inicio de su declive. Pero el capitalismo ya había nacido en otro lugar de esa misma Europa, fraguándose camino y esperando su hora para tomar el relevo, y esta vez sí, con una lógica y un ímpetu implacables, jamás vistos en la historia.

d) Las «leyes naturales» del capitalismo

Es en torno a esta etapa histórica cuando surgen las divergencias y estallan las polémicas incluso entre los propios marxistas; por eso mismo es importante profundizar en ello. ¿Es cierto lo que pretenden muchos marxistas y, de algún modo, el propio Marx (el exotérico), que el origen del capitalismo coincide con el auge del mercado? Dicho de otra manera: ¿es el capitalismo simplemente un mercado liberado de toda atadura moral y traba estructural de tipo feudal? ¿O bien consideramos al mercado capitalista como una ruptura antropológica? Como sucede a menudo, las preguntas lejos de ser inocentes, van al quid de la cuestión y permiten acercarnos un poco más a la compleja realidad.

Así pues, si consideramos la explicación más usual sobre el mercado según la cual este es una lógica evolución de la propia economía heredada directamente de la Edad Media, esto nos lleva a presuponer que el capitalismo emana naturalmente de los usos y costumbres, casi tan antiguos como la propia humanidad.

Visto así, el capitalismo se asimilaría a unas leyes naturales. En este caso distorsionaríamos las características que le son propias y exclusivas, pero también los largos y dolorosos procesos de su desarrollo, limitando nuestra comprensión del pasado; y lo que es peor, mermaría nuestras esperanzas de cara al porvenir. Porque si el capitalismo fuese de verdad el desenlace natural de la evolución de la historia, difícilmente podríamos pensar en acabar con él o imaginar otras estructuras sociales y políticas.

La cuestión del origen del capitalismo puede parecer superflua, pero en realidad cuestiona con más perspicacia de lo que parece esa creencia tan fuertemente arraigada en nuestra cultura y a la vez tan peligrosa: esa que nos habla de un «libre mercado», de sus logros para la humanidad y de sus idílicas filiaciones con la democracia, incluso con el «desarrollo sostenible».

e) Europa: cuna del capitalismo

Hay una cuestión que aún hoy día atormenta a muchos pensadores y a la que, en su mayoría, no han sabido aportar una respuesta coherente, a saber: ¿por qué nace el capitalismo en Europa cuando es sabido que aún en el siglo XVIII (en concreto en 1775) Asia era la locomotora de la economía mundial, con el 80% del flujo del comercio mundial¹²?

Pese a ello, ¿eran las sociedades comerciantes asiáticas capitalistas? ¿Estábamos ante un mercado capitalista con las sociedades de mercado europeas más desarrolladas, como fueron las de Florencia o las de las Provincias Unidas? En tal caso, el mercado capitalista como estructura social bien determinada perdería totalmente su carácter específico. Y también podríamos considerar la convulsión que se produjo con la transición de las sociedades pre-capitalistas hacia sociedades puramente capitalistas casi como un daño colateral necesario, como un mal menor para alcanzar la plenitud de una economía de mercado, como lo sería más tarde el paso a la industrialización. Esta visión de la transición como proceso natural insiste en lo cuantitativo, argumentando que el mercado con sus prácticas comerciales cada vez más diversificadas y sofisticadas, en un entorno cada vez más urbano y una división mayor del trabajo, junto con la ayuda de la tecnología, se habría expandido sobremanera. Luego, al alcanzar una masa crítica suficiente —la famosa «acumulación primitiva» o «previa»—, se facilitaron las inversiones y el comercio alcanzó la prosperidad dentro de una sociedad comercial completamente sana. Una versión que habría rubricado sin duda Adam Smith, el gran teórico del liberalismo. Aquel que, como partidario de dicha evolución, la justificó teóricamente, así como los demás teóricos del capitalismo, argumentando que se trataba de una lógica consubstancial a la naturaleza de los seres humanos a lo largo de la historia y desde tiempos remotos, como individuos racionales, siempre propensos a maximizar los beneficios cuando tienen ocasión.

Aunque no respalda los argumentos de Smith, la gran mayoría del pensamiento crítico marxista aún sigue argumentado en torno al «modelo de comercialización» del desarrollo económico, que este se expandió naturalmente de forma cuantitativa, aun cuando esta argumentación carece de fundamentos históricos, geográficos y

12 Yuval Noah Harari, *De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*, Ed. Debate. Madrid, 2014.

antropológicos convincentes, pues, si así fuera, la descomposición del feudalismo habría desembocado en fenómenos idénticos en toda Europa. Y, si bien es cierto que esta descomposición da paso directamente al capitalismo en Inglaterra, más concretamente en su campiña, a finales del siglo XVI, conviene señalar que este es un caso único y específico. No sucedió lo mismo en Francia, por ejemplo, donde el desmoronamiento feudal dio paso al absolutismo de la burguesía y a un mercado burgués ciertamente más desarrollado, mas no a una imposición de las fuerzas de un sistema de mercado auto-regulado.

Sin embargo, al insistir en el aspecto cuantitativo antes que en el cualitativo, se minimiza el cambio histórico brutal y estructural que supuso el paso del mercado burgués pos-feudal al capitalista. Otro hecho significativo de esta confusión es el empleo indiscriminado e intercambiable de los calificativos «burgués» y «capitalista». Así pues, esta forma de asimilación da también a entender que en la Edad Media el burgués, el habitante del burgo, de la ciudad, era de hecho un capitalista, o que pronto lo sería.

Si historiadores tan importantes como Max Weber o Fernand Braudel quedaron a menudo presos de estas lógicas —aunque con notables diferencias—, el único que destacó fue el historiador y antropólogo Karl Polanyi. Este último rechazó rotundamente todas las tesis economicistas que postulan la economía como fundamento de las sociedades. Para él, las sociedades primitivas no poseían economía autónoma y separada de las demás actividades. Esta dimensión estaba incorporada, integrada en las demás actividades sociales como las culturales, religiosas, familiares, comunitarias y también políticas, que se sustentaban en la obligación, reciprocidad y redistribución, y no en la mera motivación de obtener beneficios o ganancias materiales. Se trataba más bien de alcanzar prestigio y manifestar solidaridad de grupo. Luego, cuando surgieron los mercados en el mundo pre-capitalista, siguieron siendo fundamentalmente marginales, pues estas sociedades se basaban esencialmente en la autosuficiencia¹³. Aunque no fue el único que en su época hizo hincapié en estas particularidades antropológicas, la tesis de Polanyi se distingue en que establece una clara ruptura entre la sociedad de mercado y las sociedades no comerciantes, aunque

13 « Cuando el mercado alcanzó prominencia, digamos, en tiempos medievales, era cuidadosamente regulado por guildas y preceptos cristianos contra el interés y el lucro excesivo.». Murray Bookchin, *Rehacer la sociedad*, Editorial LOM, p. 95

tengan mercados. Para él, la implantación de un sistema de mercado auto-regulado fue tan desquiciante —no solo por lo que respecta a las relaciones sociales sino también para la psique humana—, que de no ser por los mecanismos de autodefensa y la intervención del Estado, la sociedad se hubiese desintegrado. Sin embargo, el análisis de Polanyi sobre el origen del capitalismo se queda corto en tanto y cuanto se vuelve a situar en las corrientes de la comercialización, argumentando que el auge de los mercados y el progreso tecnológico desembocan en el capitalismo industrial moderno al convertir al ser humano y a la naturaleza en mercancía y, aunque tuviese su apogeo en Inglaterra, era parte de un proceso que abarcaba toda Europa.

f) Los señores y los arrendatarios inician el capitalismo

Primero surgió el capitalismo agrario y su origen, más que en Europa, se sitúa exclusivamente en la campiña inglesa, debido a unas circunstancias muy específicas, según el propio Marx. Este, al referirse a la acumulación primitiva de la que hablan los economistas clásicos, la califica de «supuesta» y deja a entender que la simple acumulación de bienes materiales, ya sea fruto de la rapiña, del imperialismo o incluso de la explotación laboral, no ha podido por sí sola engendrar al capitalismo sin que entren en juego otros factores. Y aunque la acumulación de bienes sea una condición necesaria para que el capitalismo arranque, no constituye un elemento suficiente y decisivo. Lo que transforma la riqueza en *capital* es la modificación de las relaciones sociales de propiedad que conlleva la puesta en marcha de unos mecanismos característicos del capitalismo, a saber, los *imperativos* de la competencia, de la optimización máxima de los beneficios así como la *obligación* de reinvertir los excedentes y la *necesidad* sistemática e inexorable de mejorar la productividad del trabajo e incrementar las fuerzas productivas.

Siguiendo las pautas de Marx, el historiador marxista Brenner, citado en *The Origin of Capitalism* [Los orígenes del capitalismo]¹⁴, obra que inspira en gran medida este escrito, es quien nos acerca más a la historia de la construcción de esta estructura originaria del capitalismo. En la economía europea pre-capitalista, un solo país es quien deroga las reglas observadas por los demás: Inglaterra; y ello a partir de finales del siglo XVI. Y es que varios aspectos diferencian con creces a este país del resto. En

14 Ellen Meiksins Wood, *The Origin of Capitalism*, ed. Verso, 2002.

primer lugar, aunque todos los Estados sean monárquicos en Europa —algunos quizás más poderosos que otros, como el francés o el español—, ninguno alcanza la unificación y el centralismo del inglés; hasta tal punto que en el país apenas si quedaban rastros de las «soberanías parcelarias» heredadas del sistema feudal, o de los poderes señoriales autónomos, los cuerpos municipales y demás entidades corporativas que aún perduraban en el resto de Europa. La aristocracia tenía un papel preponderante en esa centralización y, aunque ya no tuviesen poderes «extraeconómicos» autónomos, para compensar, el Estado protegía a las clases dirigentes garantizando el orden y respaldando la propiedad privada. También les concedió un mayor control de las tierras, de forma que durante mucho tiempo, más que en cualquier otro país, los señores llegaron a poseer grandes extensiones. Así, lo que perdieron por una parte en términos de poderes «extraeconómicos» de extracción de excedentes, lo recuperaron al conseguir más poderes, aunque de tipo puramente económico. Estas ricas tierras, muy productivas, no las cultivaban directamente los campesinos sino que las gestionaban unos arrendatarios mediante un alquiler. Por otra parte, como los señores ingleses ya no se podían enriquecer por medio de poderes coercitivos directos, exigían a sus arrendatarios mayores rendimientos que sus competidores; así pues, la presión que ejercían sobre estos para que redujesen los costes y aumentaran la productividad del trabajo era constante¹⁵.

Asimismo, estos arrendatarios debían someterse a los imperativos del mercado que les obligaba a abaratar los precios de venta. No solo los precios de venta los dictaba la competencia del mercado sino que las rentas consuetudinarias también fueron poco a poco sometidas al mercado, pasando de ser fijas a fluctuar según la ley de la oferta y la demanda. Así, el señor alquilaba sus tierras al que ofrecía el alquiler más alto, creando una rivalidad exacerbada entre arrendatarios por conseguir tierras. En este despiadado entorno competitivo, los arrendatarios más productivos se enriquecían, y aquellos que no lo conseguían se arruinaban y tenían que ceder sus tierras a los «ganadores», que las iban acumulando. Los «perdedores», por su parte, iban engrosando las filas de los campesinos sin tierra al tiempo que, dado su elevado número, abarataban el trabajo asalariado y, por tanto, los costes de producción. Así fue cómo se creó la célebre

15 Allá por el siglo XVII, la palabra *improver* significaba aquel que mejoraba las tierras, las hacía más productivas, ya sea física o mecánicamente con maquinaria moderna, pero también vallándolas, buscando tierras abandonadas, eliminando usos y costumbres antiguos. Por extensión, durante el siglo de oro del capitalismo agrario, la palabra *improvement*, que en un principio significaba simplemente «mejora», tomó un cariz más explícito, que hoy día tiene pleno vigor: «obtener un beneficio económico». Un ejemplo más de la relación entre beneficio y productividad en el capitalismo agrario. Meikins Wood, *op.cit.*, p.168-169.

triada: terrateniente, explotador-arrendatario capitalista y trabajador asalariado-obrero agrícola.

Además de un cambio de mentalidad profundo, todo el contexto favoreció el aumento obligatorio de la productividad de bienes de primera necesidad y el desarrollo de la autonomía de la economía. No fueron las *posibilidades* que ofrecía el mercado las que incitaron a la acumulación por parte de los pequeños productores, sino más bien la cruda realidad de los *imperativos* del mercado. En aquel lugar y momento, en unas circunstancias particulares, los señores y arrendatarios, sin saberlo, habían iniciado el capitalismo, y antes de que Locke acudiera a justificarlo. Pero esto no bastaba y las fuerzas del mercado también recibieron el apoyo de fuerzas coercitivas directas, tanto para abolir los derechos de lxs campesinxs como para deshacerse de lxs más obstinadxs. Esta fue la pieza central de la acumulación primitiva¹⁶.

g) **La consolidación del patriarcado**

Entre los siglos XVI-XVIII, las luchas y disputas en torno a los derechos comunales y consuetudinarios fueron incesantes. Para el capitalismo agrario, el aumento considerable de la productividad «para el bien de todxs», fue argumento suficiente para acabar con los demás derechos tradicionales del campesinado.

El atropello que supuso la aprobación de los vallados (*enclosures*) por parte del Parlamento no fue solamente jurídico. Este vallado impuesto para expropiar a los campesinos de las tierras comunales respondía a una voluntad deliberada de destruir a las comunidades humanas de campesinxs que vivían en los bosques o en tierras colindantes de las grandes propiedades, ya que no entraban en la lógica capitalista y entorpecían la lógica de su expansión, solamente por su mera presencia. Por consiguiente, pueblos enteros fueron quemados. Las mujeres, por ser los pilares de estas comunidades campesinas, fueron las más castigadas y so pretexto de brujería,

16 «[...] la acumulación primitiva consistió en una inmensa acumulación de fuerza de trabajo —“trabajo muerto” en la forma de bienes robados y “trabajo vivo” en la forma de seres humanos puestos a disposición para su explotación— llevada a cabo en una escala nunca igualada en la historia». Silvia Federici, *Calibán y la bruja*, Traficantes de Sueños, 2010, p. 92.

100 000 fueron asesinadas y más aún torturadas¹⁷. Este desgarramiento brutal y sanguinario, a menudo olvidado por los intelectuales del género masculino, no es ajeno al crepúsculo del capitalismo sino que le es constitutivo, pues obedece a su imperativo de racionalización dictado por las fuerzas del mercado.

La caza de las brujas tenía una doble finalidad en cuanto al género femenino: la de acabar con su quehacer preponderante dentro de las comunidades campesinas, pero también con una sexualidad por placer, muy común en la Edad Media pero incompatible con la creación del ser trabajador.¹⁸ Así pues, se trataba de sustituirla por una sexualidad focalizada en la reproducción de una abundante fuerza de trabajo. Este sería su deber, alejada de la tierra, de las plantas y los animales, de los terrenos comunales y de las demás mujeres, con las que dejaría de compartir quehaceres cotidianos. La segunda finalidad era pues contribuir al trabajo, o sea, a la creación del varón viril, trabajador, sometido¹⁹ y eficaz (con buen rendimiento); la personificación del trabajo en sí mismo. Así se polarizaron los sexos de manera bien diferenciada y jerárquica, con una marcada heterosexualidad como norma social²⁰. Es una personificación jerárquica, en el sentido que la creación del trabajo, y por tanto la del

17 «Del mismo modo que los cercamientos expropiaron las tierras comunales al campesinado, la caza de brujas expropió los cuerpos de las mujeres, los cuales fueron así “liberados” de cualquier obstáculo que les impidiera funcionar como máquinas para producir mano de obra». Federici, *op. cit.*, p. 252.

«El capitalismo fue construido sobre una sangrienta y brutal misoginia». John Holloway, *Agrietar el capitalismo*, Herramienta Ediciones, 2011, p. 132.

18 «La caza de brujas [...] el primer paso de una larga marcha hacia el “sexo limpio entre sábanas limpias”, y la transformación de la actividad sexual femenina en un trabajo al servicio de los hombres y la procreación». Federici, *op.cit.*, p. 264.

19 «Como dice Amparo Moreno, cada vez que parimos, afirmamos la vida que no debe ser, bloqueamos la capacidad erótico-vital de la criatura, para a continuación adiestrarla de acuerdo con el orden establecido». Casilda Rodríguez, «El parto es una cuestión de poder», *Ekintza Zuzena* n.º 29. Haciéndose eco de otro artículo en el mismo número: «Se trata de cambiar a la madre verdadera por la madre patriarcal que no reconoce los deseos de las criaturas, que es insensible a su sufrimiento y que es capaz de reprimirla. Este es el principio de autoridad en nuestras vidas. El desarraigo con las sociedades comunitarias y las condiciones de precariedad y hacinamiento en la Inglaterra de esa época eran totalmente favorables a este tipo de maternidad patriarcal».

20 «*Hombre y mujer* (y por supuesto *homosexual y heterosexual*) son identificaciones, aspectos de la sociedad de la identificación. Forman parte de la mutilación implicada por la formación del trabajador, ese que cumple con un trabajo abstracto. Es una clasificación que tenemos que combatir. El trabajo es una abstracción, una separación del mundo del quehacer y de la actividad vital. Esta fragmentación de nuestra actividad vital es una fragmentación de nuestras vidas en todos sus aspectos». John Holloway, *op. cit.*

varón, prima sobre todo lo demás. La llegada del capitalismo supone pues una vuelta de tuerca más y una racionalización del patriarcado, tradicionalmente apoyado, justificado y alentado por la religión.

h) El capital y el Estado

En Inglaterra, muchos productores y señores se volvieron paulatinamente más dependientes del mercado y su único propósito eran mantener las condiciones que garantizaran su «reproducción social». Pero cuantos más asalariados empleaban los arrendatarios, más intensas y apremiantes eran las presiones para acrecentar la productividad del trabajo. Así fue cómo la agricultura alcanzó una productividad tan elevada, con las consecuencias que ya sabemos.

El país poseía unas impresionantes redes fluviales y de carreteras que convergían en la ciudad más importante, Londres, en constante auge. Pasó de tener 60 000 habitantes en 1530 a 570 000 en 1700, lo que la convirtió en la urbe más importante no solo de Inglaterra sino también de Europa. Sus ciudadanos —en su gran mayoría campesinos expropiados—, además de constituir una considerable reserva de fuerza de trabajo asalariado que podía ser explotada en las fábricas, también representaba un enorme mercado interno jamás visto en la historia. Ese fue el verdadero sustrato del capitalismo industrial inglés.

De esta forma, al tiempo que la capital se agrandaba, también se unificaba y centralizaba aún más el Estado inglés y se fusionaban los distintos mercados en un único mercado nacional. Londres se convertiría pues en el principal lugar de tránsito, entre otros, de los productos agrícolas ingleses, destinados principalmente al consumo interno. Así pues, el crecimiento de esta urbe favoreció la emergencia del capitalismo inglés al desarrollar un mercado competitivo cada vez más unificado e integrado, y estimular la productividad agrícola, dada la necesidad de alimentar a esa población urbana expropiada del campo, abocada a comprar alimentos básicos para subsistir. En torno a ese consumo básico en expansión se añadirían otros bienes de primera necesidad, como los enseres para la vida cotidiana, entre otros.

Por primera vez en la historia se creaba un mercado de masas con bajos precios que se fundamentaba en la pobreza de lxs consumidorxs, de la misma manera que el mercado de productos de lujo había enriquecido a proveedores y vendedores cuyas principales clientas eran las clases privilegiadas.

La paradoja reside en la retroalimentación del mercado, pues fue «el primer sistema económico de la historia en el que las restricciones del mercado tuvieron por efecto el incremento obligatorio de las fuerzas de producción, en lugar de frenarlas u obstaculizarlas»²¹.

La falta de recursos por parte de lxs consumidorxs obligó a los productores a producir a bajos costes para suplir la falta de ingresos por un aumento de la producción. Una nueva vuelta de tuerca a la presión de los imperativos competitivos existentes, que desembocó en la necesidad de apostar por técnicas de producción para aumentar la productividad del trabajo.

Así nacía una estructura única y sin parangón en la historia, la de una sociedad con una economía cada vez más alejada de los demás ámbitos de la vida y en la que productores y explotadores —enteramente dependientes, de una u otra forma, del mercado— tenían la imperiosa y sistemática necesidad de desarrollar las fuerzas productivas, maximizar los beneficios y rivalizar con el resto. Había nacido el famoso «mercado auto-regulado».

i) La domesticación del proletariado

Como apunta Bookchin, en “Rehacer la sociedad”, confundimos a menudo capitalismo e industria, cuando en realidad esta última es anterior al capitalismo. La

21 Meikins Wood, *op.cit.*, p. 222 (trad.a).

gran diferencia estriba es que aún no estaba sometida a los imperativos de una ya consolidada «sociedad de mercado»²².

Hasta el siglo XVI inclusive, destacaron manufacturas de tipo industrial, sobre todo textiles, en Florencia, Brujas, Amberes, Londres, Segovia, Lyon, etc., donde se elaboraban prendas de vestir y velas de barcos. Desde la Baja Edad Media, también se incrementaron los astilleros y los altos hornos para la fabricación de acero. Todo ello en una época de auge del comercio de ultramar, de guerras, así como de un incremento de la población urbana en toda Europa; sin comparación, no obstante, con la de Londres. Industrias de baja intensidad y situadas en unas pocas concentraciones mecanizadas funcionaban mayormente gracias a la energía humana y a la fuerza animal. Como señala Bookchin, contrariamente a la propuesta de Polanyi, la «sociedad de mercado» no fue resultado de los avances tecnológicos, sino más bien del capitalismo agrario que precedió a la industrialización capitalista a ultranza, y que obligaba a aumentar cada vez más las fuerzas productivas. A partir de entonces, no es que se produjera una ruptura —como sugiere el desacertado término de «Revolución Industrial»—, sino más bien una puesta en marcha —lenta y titubeante al principio— de una imparable aceleración del proceso de investigación científica, generalizado y apoyado por el Estado, para un desarrollo tecnológico sin precedentes de las fuerzas de producción.

Y es que para afianzar la industrialización capitalista no bastan unos cuantos inventos técnicos aquí y allá, sino que precisa de un progreso generalizado que abarque un gran número de sectores y que estos se apoyen dinámicamente entre sí. Esta sinergia, dentro de un conjunto de técnicas coherentes, es la que forma un sistema técnico, a saber, una serie de interdependencias técnicas entre sectores económicos clave. En este proceso constitutivo, los llamados «recursos humanos», o sea el proletariado, no podían escapar a la lógica que les obligaba a integrarse en ese sistema técnico con vista a maximizar las fuerzas de producción. Más allá de la mera fuerza brutal represiva para hacer encajar esos «recursos», fue necesario moldear a esa multitud de campesinas y campesinos, niñas y niños, recién expropiados, hacinados en las ciudades y explotados en los talleres (*factories*) para convertirles en un «proletariado» domesticado para las fábricas, eficaz, en esa pieza clave del sistema técnico moderno

22 Como bien dice Karl Marx: «El capitalismo termina por imprimir su marca en el cuerpo social en cuanto transforma definitivamente todas las relaciones sociales en relaciones de dinero».

www.palim.psao.fr

concebido para una maximización de las fuerzas productivas. Fue significativa la imposición del «tiempo-reloj» para reemplazar al «tiempo-natura» por la que se regían las jornadas laborales. Metódicamente aplicada, resultó ser una auténtica ofensiva ideológica lanzada por los empresarios a finales del siglo XVII contra las viejas costumbres laborales. Así, se inculcó esa nueva disciplina del tiempo mediante la creación de “escuelas para el pueblo”, la instalación de relojes en plazas, casas e iglesias, sistemas para fichar en las fábricas, etc. Con un fondo puritano y moralista, impusieron nuevos refranes, empezando por «el ocio es la madre de todos los vicios», para concluir con la célebre máxima de «el tiempo es dinero». A partir entonces no ha cesado el proceso inherente al capitalismo de querer convertirnos en máquina, semejantes a esas, cada vez más sofisticadas, que nos imponen sus propios ritmos, en la vida cotidiana y en el trabajo, a la vez que controlan nuestra capacidad de mantenerlas en un estado óptimo de funcionamiento.

j) Del mercado interior a la expansión del capitalismo

Desde el siglo XVII, mientras que en las demás potencias comerciales europeas todavía subsistían islotes de mercados diferenciados, sin conexión alguna ni en precios ni en medidas, corporaciones y barreras internas que frenaban a las economías nacionales, inclusive en los Estados más centralizados como el francés, el Estado británico ya lo había unificado y centralizado todo. Mientras que las otras potencias se basaban en el incremento del intercambio con el extranjero, el todavía capitalismo agrario británico se sustentaba en un amplio mercado interior competitivo, integrado, sólido y muy diversificado, cuyos productos iban destinados a una creciente población que ya no trabajaba en el campo y que no podía prescindir de comprar bienes de primera necesidad. Y aunque Londres seguía siendo básicamente el gran mercado, este se extendía por todo el territorio británico mediante una eficaz red de distribución, gracias a agentes que cobraban comisiones y concedían préstamos.

A estos efectos, y contrariamente a los países del resto de Europa que siguieron efectuando transacciones para favorecer el comercio internacional, Gran Bretaña puso en marcha su propio sistema bancario, basado en favorecer el comercio interior y en la compraventa de productos nacionales procedentes del mercado metropolitano de Londres.

Este sistema comercial y financiero, totalmente original, hijo del capitalismo agrario y propio del mercado interno británico, extendió sus ramificaciones y se impuso poco a poco a la totalidad del comercio internacional.

Fueron los imperativos de la competencia dictados por una Inglaterra industrializada, con una capacidad productiva desmesurada, los que obligarían a los demás países a incentivar el desarrollo de sus economías para evitar la bancarrota. Así pues, los demás Estados europeos no pudieron evitar verse «contaminados» y no les quedó más remedio que seguir las pautas marcadas por los principios capitalistas y adoptar medidas de «modernización» a todos los niveles.

Más tarde, contrariamente a países como España, que acumuló un enorme «capital» (acumulación primitiva) gracias a las riquezas extraídas del subsuelo de sus colonias americanas y lo utilizó con fines expansionistas, bélicos y de expropiación extraeconómica de tipo feudal, Inglaterra se enriqueció aún más con el desarrollo capitalista de su propio país que por su expansión colonial tardía. La riqueza de los reyes españoles no impidió que se desmoronara su imperio. Y como en los demás países coloniales esas riquezas no fueron convertidas en capital industrial. Únicamente en Inglaterra esa riqueza colonial, junto con el comercio de esclavos, es decir, la famosa acumulación primitiva, desembocó en una revolución industrial; y ello porque su economía ya se regía desde hacía tiempo por las relaciones sociales de propiedad capitalistas. Esas últimas dinámicas fueron las que insuflaron, por retroacción, un nuevo impulso al imperialismo, pues los británicos exportaron esos mismos imperativos que animaban su propio mercado interior: la producción competitiva y la acumulación de capital. Motivos suficientes para despertar las ansias de riqueza y el robo sistemático para desposeer a los nativos. Además, esos mismos nativos desposeídos de sus tierras que pasaron a formar parte una clase enorme e inservible, serían los primeros en ser utilizados para colonizar el país más cercano: Irlanda.

Siendo la fuerza militar vana por sí sola, el objetivo se convirtió desde finales del siglo XVI en imponer la supremacía económica. Por ello implantaron el modelo agrícola británico en las tierras irlandesas expropiadas, gracias a esa multitud de colonos desahuciados, y los campesinos irlandeses que quedaron se vieron obligados a seguir

las pautas de las técnicas de «mejora» (que no se limitaba exclusivamente al cultivo). Como en tierras británicas, se trataba de imponer una nueva economía basada en las nuevas relaciones entre señores y arrendatarios, y que esta dinámica se expandiera por toda Irlanda. Porque si bien Inglaterra no podía anexionarse Irlanda en su totalidad, al menos podría atraerla a su órbita económica y someter al país a sus imperativos económicos, creando así un precedente histórico que serviría de ejemplo para los grandes imperialismos venideros²³. Cromwell consiguió expandir el imperio inglés con la violencia más brutal, pero mayor fue el éxito obtenido cuando forzaron a los dirigentes del país a adoptar la nueva economía competitiva. Sin embargo, en cuanto estos últimos, convertidos a comerciantes, se hicieron fuertes en el siglo XVII, hasta el punto de amenazar la economía británica, los ingleses les impusieron fuertes restricciones al objeto de frenarlos. Así se desvelaba por sí misma una de las contradicciones fundamentales del capitalismo, es decir: por una parte, la necesidad de imponer sus imperativos de manera universal y, por otra, la de preservar el capital frente a las amenazas que esa universalización acarrea.

El «colonialismo de mano dura» puesto en marcha por la dinastía Tudor fue el principal legado de la experiencia irlandesa para la colonización del Nuevo Mundo, pues muchos colonos que participaron en la aventura colonial irlandesa acudieron en masa a esas tierras «deshabitadas» (tras el genocidio, claro está). Así, esta nueva forma de colonización resultó mucho más eficaz que los anteriores tipos de colonización de los demás países europeos. Sin apenas gobierno sobre el terreno, en tierras extranjeras se podía imponer un nuevo régimen económico con obligaciones propias²⁴.

23 Sobre todo el de los Estados Unidos de América, heredero directo del capitalismo británico, que consiguió materializar su sueño impreso en sus primeros billetes en el año 1776: «El nuevo orden del siglo», con apenas poco menos de siete millones de habitantes. Tras el genocidio cometido contra los indios, liberados de la tutela inglesa en 1784, intentan invadir sin éxito Canadá en 1812, país que se encontraba aún bajo tutela inglesa. Habiendo aprendido la lección de sus congéneres británicos en Irlanda, el gobierno estadounidense utilizaría las armas «blandas» de la seducción y del soborno con su vecino, comprando a juristas, medios de comunicación y políticos para evitar debates públicos y que el parlamento canadiense adoptara medidas a favor de un mercado de libre comercio. El segundo paso de envergadura se daría en 1950 cuando, gracias a los “agentes” de EE UU. Schuman y Monnet crearon la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Paso previo a la CEE. Y el actual tratado del TTIP es tan solo otro paso más de la colonización estadounidense, como lo fue previamente la ampliación de la Unión Europea.

24 «Este fue sin duda el primer programa de ajuste estructural de la historia». Meikins Wood, *op.cit.*, p.245 (trad.a).

Aunque con distintos matices según el lugar, este era el principal eje del imperialismo capitalista británico, que convirtió a Gran Bretaña en el «taller del mundo» tras el lento despegue de la llamada Revolución Industrial, allá por los años 1770-80.

Y la aplastante eficacia de los imperativos del mercado capitalista, respaldado por la fuerza militar, alcanzó su punto álgido con la proclamación de la reina Victoria como emperadora de las Indias por el parlamento británico en 1876. A pesar de haber perdido las 13 provincias de América del Norte con la Independencia en 1873, la hegemonía económica británica era total, pues se asentaba en gran parte en el imperio colonial más grande del mundo, el cual representaba el 92% del conjunto de territorios coloniales europeos. Así fue, a golpe de expolio y espada, cómo se exportaron los imperativos económicos del capitalismo por el mundo entero sin que la descolonización cambiara nada. Fueron los Estados nacionales quienes tomaron el relevo de lxs colonxs difundiendo los imperativos capitalistas y haciendo respetar las «leyes» del mercado.

2) Nuestra segunda tarea: definir el Estado

d) **De su creación**

Durante este breve recorrido de la historia del capitalismo, no hemos podido desligarlo un solo momento del Estado.

Se nos podría replicar que, en Europa, el Estado nación²⁵ apareció antes del capitalismo, como resultado de la concentración de poderes tras las luchas señoriales entre señores y reyezuelos. Y que las monarquías acabaron anexándose los poderes de la aristocracia, de la Iglesia y de la burguesía. Sin embargo, el imparable auge de los mercados convirtió a la burguesía en una fuerza capaz de presionar a la monarquía a fin de obtener más poderes o, en su defecto, lograr que esta última acabara con las protecciones morales y estructurales con las que las sociedades campesinas tradicionales —relativamente autónomas y muy diversificadas— habían combatido la

²⁵ Véase al respecto *El príncipe* de Maquiavelo.

mercantilización a ultranza. Entre los siglos XV y XVIII, los Estados nación en manos de monarquías —aún incipientes— intentaron evitar la autonomía de las ciudades fuertes que intentaban organizarse en confederaciones, como muchas ciudades italianas y alemanas o los comuneros de Castilla. Sin embargo, tras la victoria de estos Estados europeos, pese a su absolutismo y centralismo, como en el caso de Francia, sobre todo tras la revolución burguesa de 1789, aún no se habían realizado como tales, es decir, no habían desplegado todas sus facultades en comparación con el Estado británico.

El Estado británico, verdaderamente centralizado, iba a ser el primero y el único, durante mucho tiempo, en engendrar un sistema capitalista a principios del siglo XVI.

Más tarde, los imperativos competitivos del mercado internacional, dictados enteramente por el capitalismo industrial británico, obligaron a los demás países a desarrollar sus economías, y por lo tanto, a adoptar frente a esa nueva amenaza, esos mismos principios capitalistas. A los estados vecinos emergentes no les quedó otro remedio que fomentar el capitalismo por todos los medios a su alcance, aunque solo fuera por su propia supervivencia. Así pues, todos los estados europeos con una lógica precapitalista podían convertirse, mediante sus colonias, en los principales agentes del capitalismo, así como en vectores para favorecer la creación de otros Estados naciones en otras partes del mundo. En realidad, tanto el capital nacional como el internacional se apoyan en los Estados naciones para preservar la propiedad privada y las condiciones favorables para la creación y acumulación del capital, recurriendo en caso necesario a las fuerzas represivas²⁶. El sueño de un Estado mundial no le conviene al capitalismo, porque estos son la forma más eficaz de repartir los poderes administrativos y represivos en ámbitos más localizados.

e) **De su papel y de su supuesta utilidad**

²⁶ Hasta ahora no se ha encontrado otra medio más eficaz para mantener ese apoyo que el viejo Estado nación al que el capitalismo está históricamente ligado, pese a no ser su creador.

El Estado no podría existir sin el capital, ya que el poder absoluto de este funciona solo mientras pueda obtener dinero de la larga cadena del proceso de valorización de la mercancía. En cuanto falle la economía, falla el Estado.

Y sin Estado tampoco puede vivir el capitalismo, ya que le sirve de mediador en numerosos aspectos de la vida cotidiana, sobre todo por los antagonismos propios a su estructura y funcionamiento que nos enfrentan a unos contra otros. Un ejemplo es el de los sindicatos que este subvenciona para minimizar los inevitables enfrentamientos de clase.

“En una sociedad amputada de su comunidad, la lógica del valor se basa en los productores privados que no tienen ningún lazo social entre ellos. Esta es la razón por la cual se tiene que crear una instancia separada que se encargue del aspecto general. Así pues, el Estado moderno surge de la lógica de la mercancía. Es la otra cara de la mercancía: ambos están ligados como dos polos inseparables”²⁷.

Sin embargo, una de las causas por las que el Estado conserva su legitimidad es que, en general, este se confunde con el «bien público» (parques, sanidad, red vial...); mas dicho bien no es tal, pues nos ha sido usurpado. Es el bien *del* Estado, el cual no es más que otra empresa. Y cuando este lo malvende a otras empresas privadas, no nos está traicionando; tan solo está siguiendo la lógica capitalista: todos los bienes poseen un valor mercantil y por tanto se puede comerciar con estos. Si realmente fueran bienes públicos, no se les podría asignar ningún valor y lxs usuarixs los gestionarían ellxs mismxs. Por tanto, la confusión a este respecto es total.

Por otra parte, el Estado es también el brazo armado del capital, tanto para las operaciones represivas — «blandas» o «duras»— contra el enemigo interior (el pueblo), como para «defender» los intereses propios de «su capital» en el extranjero (empresas e incluso multinacionales). A menudo utiliza las catástrofes naturales o provocadas²⁸, siempre por la vía del Estado; el cual, por ejemplo, proporciona agentes

27 Anselm Jappe, «La politique n'est pas la solution», <http://www.palim.psao.fr> [Consulta : 6 de mayo de 2009] (trad.a).

28 Naomi Klein, *La doctrina del shock : el auge del capitalismo del desastre*, Ediciones Paidós Ibérica, 2007.

secretos o financiación sobornos u otras operaciones mafiosas a fin de extender su dominio económico y financiero²⁹.

f) **Del asalto al cielo**

Gracias a esta mirada retroactiva podemos afirmar, sin lugar a dudas, que el Estado *es* el capital, o mejor dicho, que el capital se esconde tras la cortina del Estado. Por consiguiente, cualquier asalto para conquistarlo, ya sea por las armas o por las urnas, sería un espejismo, tan absurdo como querer conquistar el capital³⁰.

En realidad, toda la *esfera política*, alejada de lo social y de la vida pública, engarzada en el Estado y en sus órganos, es la encargada de ajustar a la *mega máquina* sin jamás cuestionarla totalmente, pues depende enteramente de la *economía*³¹. Así pues, en la arena política tan solo se habla de la distribución de los frutos envenenados del sistema mercantil, ya que la política se juega en el campo del capitalismo y se limita cada vez más a la política económica y a debatir entorno al *fetiché* autónomo de la economía. Y es que en estas esferas, hablar de otro tema de envergadura que pudiera cuestionar el «Estado del bienestar» sería un auténtico suicidio político. Por ello no se discute sobre el pico de petróleo y sus consecuencias, ni de decrecimiento, del TTIP, de los riesgos de la energía nuclear, etc. «No vaya a ser que perdamos votos...».

De la misma manera que el Estado es la otra cara de la moneda del capital, la papeleta electoral del «sujeto» político (por unos segundos cada cuatro años) es la otra cara de la mercancía humana que se puede vender.

De todo ello podemos deducir que:

29 Véase nota n.º X

30 «La existencia del Estado como instancia separada o particular es una llamada constante hacia nosotros, una empresa de seducción para desviarnos hacia la esfera separada de la política». Holloway, *op.cit.*, p.222 (trad.a).

31 La política no tiene medios autónomos de intervención: siempre necesita dinero y ha de financiar cada decisión que tome.

Lejos de ser palancas de la emancipación humana, lejos incluso de ser medios de expresión para aquellas personas que quedan reducidas a meras ciudadanas, las “farsas electorales” (como las llamaba Marx) no son más que una irrisoria característica de las sociedades del espectáculo en que vivimos³².

3) **El «triunfo» del capitalismo**

a) **Del marxismo**

Las ambigüedades, e incluso las contradicciones, de las obras de Marx y Engels han influido de manera funesta en los medios revolucionarios y progresistas, hasta el punto de que gran parte de sus herederos, los sociodemócratas, han renunciado a deshacerse del capitalismo y optan abiertamente por «gestionarlo mejor».

En la actualidad, muchos teóricos marxistas intentan —y con razón— salvar al Marx «esotérico»³³, el de la crítica de la economía capitalista, una crítica considerada por Bookchin como «magistral» en su época. Por ello, es preciso «releer» sus obras para valorar toda la riqueza que sus propias contradicciones le confieren, distinguiendo bien esa faceta opuesta y oscura, la parte de su obra más extensa y divulgada, al objeto de comprender el camino que ha seguido la «izquierda», su fracaso y sus actuales derivas perversas. Porque, desde el principio, es más bien esa parte con la que se quedaron muchos intelectuales marxistas de «izquierda», contrariamente a los anarquistas de la misma época. Estos, en su mayoría, aunque compartían muchos de sus análisis y planteamientos³⁴, no reconocían su «materialismo histórico», su determinismo económico, el capitalismo como «un mal socialmente necesario», y menos aún su propuesta de «dictadura del proletariado», a la que se opusieron con determinación.

32 Gerard Briche, **« De l'homme considéré comme un être-pour-le-vote », par Gérard**

Briche 1 Mai 2012 *Dialéctica de la emancipación democrática*, <http://www.palim.psao.fr>
[Consulta :] (trad.a)

33 John Holloway y «los críticos del valor».

34 El propio Bakunin consideraba a Marx su maestro, luego muchos anarquistas también compartían esa teleología de que el progreso de la humanidad desembocaría por fuerza en la anarquía, en el comunismo.

La estrategia anarquista consistía en presionar a la sociedad ahí donde se expresaban con más agudeza las contradicciones del capitalismo al objeto de abrir unas brechas que darían paso a una revolución social. El marxismo, por el contrario, suponía el advenimiento de una «etapa histórica favorable», de unas «condiciones previas». De ahí que Marx, fascinado por la capacidad productiva de la industrialización, apostara por el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas y hasta acusara a la burguesía de obstaculizarlo. Así pues, la Revolución Industrial constituía una «condición tecnológica previa» para conseguir el paso al socialismo, gracias a un proletariado reducido por el capitalismo a su papel exclusivo de productor, constituido como clase, como categoría económica que encarnaba unos intereses económicos determinados. Marx atribuyó a ese proletariado «avanzado» la prerrogativa mesiánica de «salvar» a la humanidad³⁵, despreciando al «lumpen proletariado», o sea a los recién incorporados a la clase obrera. Y sin embargo, conviene recordar que a partir del momento en que se instaura el capitalismo, fueron esos antiguos campesinos y artesanos, esos inadaptados de la vida industrial, quienes más entusiasmo y capacidad creativa aportarían a una auténtica causa revolucionaria para acabar con el desorden capitalista y crear un mundo nuevo³⁶. Tal fue el caso en las revoluciones parisinas de 1848 y 1871, de 1917 en Rusia y en el Estado español en 1936, precisamente por tratarse de una clase obrera inestable e inmadura, todavía con valores precapitalistas, aún sin domesticar por la rutina embrutecedora de la industrialización³⁷.

Pero paulatinamente, país tras país, empezando por el norte Europa a partir de 1850, a medida que se afianzaba el capitalismo, en las fábricas, como en la sociedad en

35 Un ejemplo de las contradicciones de Marx al respecto: «A medida que progresa la producción capitalista se desarrolla una clase obrera llevada por su educación, la tradición y la costumbre de considerar como leyes de la naturaleza las exigencias de ese modo de producción». *El Capital*, libro I, p. 829 de la edición francesa, subrayado por Claude Bitot en *Repenser la Révolution*, Ed. Spartacus, 2013.

36 «En el fondo, lo esencial de las ideas que para nosotros, como revolucionarios, hoy día tienen pertinencia ya fueron formuladas por el movimiento obrero antes de Marx, entre 1800 y 1848, principalmente en los periódicos de los primeros *trade unions* ingleses y en los escritos de los socialistas franceses». Cornelius Castoriadis, *Domaines de l'homme*, Col. Ponts essais, Seuil, 1999, p.103. Citado por Serge Latouche en *Pour en finir avec l'économie* en un debate con Anselm Jappe Ed. Libre et Solidaire.

37 Un ejemplo del desacuerdo fundamental entre partidarios de Marx y de Bakunin fue la ruptura de la Primera Internacional. «En 1869, la AIT se escinde entre partidarios de Karl Marx, partidarios de una gestión centralizada de la asociación y de la creación de partidos políticos, y los «antiautoritarios» antipolíticos adeptos a Mijaíl Bakunin. En 1871, la derrota de la Comuna de París y la represión subsiguiente caldea el debate y provoca la ruptura definitiva entre ambas corrientes. Bakunin es expulsado en el congreso de La Haya en 1872», Wikipedia, versión francesa

general, la lucha de clases se convertiría en un antagonismo entre dos clases de la sociedad del capital: una aspiraba a un aumento salarial; la otra, a su propio beneficio³⁸.

El que un pensador de la talla de Marx pudiese concebir que un «producto» elaborado por el capitalismo constituyese en sí *el* sujeto revolucionario, puede resultar extraño. Y más aún cuando esa clase trabajadora, constituida en partido, se apoderaría del Estado para ejercer la dictadura del proletariado (un Estado condenado por él en sus obras de juventud). Pero más extraño aún fue que sus discípulxs le siguiesen durante tanto tiempo, aunque muchxs marxistas estuviesen cada vez menos convencidxs de su capacidad emancipadora. Esta constatación por parte de lxs seguidorxs de Marx tuvo principalmente dos respuestas distintas.

b) **Del leninismo y sus avatares**

Lenin, en reacción a la creciente corriente socialdemócrata reformista y apuntando las limitaciones de conciencia y comprensión de la clase obrera, le iba a dar una salida sencilla —por no decir gordiana— a tal paradoja. Puesto que esa «masa», esa clase trabajadora, por su posición estructural bien integrada e identificada como fuerza productora del capital, se encontraba estancada, necesitaría de una fuerza exterior para romper su identidad capitalista, su rigidez estructural y sus limitaciones funcionales. Esa fuerza exterior, el partido (milagrosamente no *contaminado* por el capitalismo) erigido en vanguardia revolucionaria, se encargaría de ejercer esa fuerza liberadora, guiando a la clase obrera hacia la victoria. Había nacido el partido «mágico», ese *sujeto* que sustituiría al proletariado, convertido de hecho en *objeto*, con la misión histórica de guiar al proletariado hacia la revolución e imponer el comunismo. Había nacido el *marxismo-leninismo*, padre de todos esos *ismos* (trotskismo, estalinismo, maoísmo, castrismo, guevarismo, chavismo, etc.). Pero, para mayor eficacia, la estructura del nuevo partido asumiría las exigencias de las jerarquías de poder y de

38 Lógicamente, fue en Inglaterra donde se darían las primeras señales de integración de la clase obrera como categoría capitalista. Pese a que en los años 1830-1840 los obreros lucharon con ahínco, a partir de esa época ya no les importaba el socialismo, sino más bien los aumentos salariales. Así, Engels, en una circular de la Primera Internacional de 01/01/1870, seleccionada por Kostas Papaioannou (*Les Marxistes*, ed. J'ai lu, 1965, p.236), este comentaría extrañado, dirigiéndose a Marx, que teniendo los británicos «toda la materia necesaria para la revolución social, les faltase el espíritu generalizador y la pasión revolucionaria».

disciplina propias de la Iglesia, el ejército y, finalmente, de la industria capitalista. No es pues de extrañar que esas vanguardias con la misión histórica de guiar al pueblo hacia el paraíso comunista, más bien las llevaran, en mayor o menor medida, a muchos infiernos, como a los gulags, y que cantidad de crímenes se cometiesen en nombre del proletariado y del pueblo. Es más, esta concepción jerárquica y autoritaria de la revolución no hizo más que reforzar al enemigo. De hecho en los países imperio, como la URSS o China, «el socialismo real» impuesto a las poblaciones, lo único que consiguió fue la aceleración de la acumulación primitiva, vía un capitalismo de Estado, de mega industrialización forzada, con unas desastrosas consecuencias sociales y medioambientales, en gran parte para alimentar a la burocracia y a una descomunal carrera armamentística.

Mas la responsabilidad histórica de las previsibles derivas de esas revoluciones vanguardistas que desembocarían en esas economías de recuperación capitalista y de esos desastres humanos, va más allá de la consolidación económica de la mundialización capitalista. Este fracaso representa la amputación de una parte importante de las facultades y aspiraciones colectivas de la humanidad, a saber, el poder de concebir y querer luchar por un mundo justo, fraternal y portador de felicidad humana. Por el contrario, el corolario de este desencantamiento del mundo es la total consagración del capitalismo como sistema natural, como lógica evolución y fin de la historia.

c) De la socialdemocracia

En realidad, el leninismo se gestaría en el mismo seno del partido socialdemócrata, en febrero de 1849, en Francia, tras la represión de la revolución parisina de 1848. Frente a los partidos del «orden», «el partido de los trabajadores y el partido de la pequeña burguesía forman el partido socialdemócrata» (Marx), primera organización política del movimiento obrero que reivindica la conquista del poder político, contrariamente al conjunto de la organización obrera de la Primera Internacional (1864-1876).

Habiendo alcanzado la mayoría de los países del norte de Europa, en su seno cohabitarían hasta finales de la Primera Guerra Mundial tendencias tan diversas como

las de sus portavoces: el propio Engels, Lenin, Lasalle (socialista no marxista), Bernstein³⁹ (reformista), Jean Jaurès y Rosa Luxemburgo, entre otros. A partir de 1896, todas las escuelas de la socialdemocracia sin distinción, a través de la Segunda Internacional, consolidada ya como partido de masa, se acogerían oficialmente al marxismo, siendo una de sus prioridades, lógicamente, el derecho a voto de la clase obrera ya constituida en vastas centrales sindicales burocratizadas y legalizadas. Así pues, la socialdemocracia las utilizaría como correa de transmisión para acceder al poder y, a cambio, el proletariado se vería más y mejor integrado en la categoría política del capitalismo.

Entonces, cuando surgen esas cíclicas crisis del capitalismo, como fue el movedizo periodo entre 1918 y 1921 en Alemania, no son de extrañar que emerjan las más claras manifestaciones del proletariado como parte integrante, e incluso defensora, de ese mismo capitalismo. Por ello, las centrales sindicales y su partido socialdemócrata dejaron que las fuerzas represivas exterminaran a sus hermanxs de clase sublevadxs, sus fuerzas más vivas y radicales. Así, el izquierdista Otto Rhüle concluyó con amargura que el papel del proletariado había sido una vez más el «de salvar a la burguesía»⁴⁰.

Estos acontecimientos, entre otros, como el apoyo nacionalista de los respectivos partidos sociodemócratas a la desastrosa y mortífera contienda de la Primera Guerra Mundial de 1914-18, así como la propia Revolución rusa (1917), precipitarían el cisma de la socialdemocracia entre 1919 y 1921. Por ello, Lenin, junto con Zinoviev, crearían la Tercera Internacional⁴¹ (la Internacional Comunista), de la cual se apartaron definitivamente las corrientes socialdemócratas en 1923. No obstante, por lo menos hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, estos seguirían autodefiniéndose como marxistas, más bien por «radicalidad» cultural; de igual modo que hoy día, tras haber renegado del marxismo, siguen llamándose «izquierda».

39 «Es preciso que la socialdemocracia tenga el valor de emanciparse de la fraseología del pasado y de aparentar lo que es actualmente en realidad: un partido de reformas democráticas y sociales». Eduard Bernstein en 1899. Claude Bitot, *op.cit.*

40 Claude Bitot, *op.cit.*, p. 48

41 Wikipedia: Con el estallido de la [Primera Guerra Mundial](#) la contradicción entre las aspiraciones revolucionarias de las clases oprimidas y la política de la II Internacional (al apoyar algunos partidos socialistas la guerra) llegó al punto que se produjo una escisión en el movimiento socialista que supuso tras la [Revolución rusa](#) la creación de una [Tercera Internacional](#), en 1919, que adoptó el nombre de *Internacional Comunista (Komintern)*, para distinguirse del apego de la Segunda a los medios electorales.

d) De la izquierda

En realidad se trata de una anécdota convertida en costumbre y dogma, un calificativo al que aún se aferran muchas personas, casi como sinónimo de «anticapitalista», término que nunca jamás emplearon ni los primeros marxistas y menos aún los anarquistas. Si bien la *derecha* en la «jerga parlamentaria» francesa de principios del siglo XIX, monárquica, se asimilaba al conjunto de partidos que supuestamente defendían los intereses de la aristocracia terrateniente y la jerarquía católica; la *izquierda* del hemiciclo parlamentario, también dividida, era punto de encuentro de liberales y republicanos, aquellos que apoyaban a la burguesía industrial y a la clase media, que promovían la «necesarias libertades». En cuanto al ala socialista, esta mantendría su independencia hasta la Primera Guerra Mundial, y más aún lxs sindicalistas revolucionarixs.

Cabe recordar a lxs seguidorxs de las izquierdas y demás *progresistas*, que las dos represiones de clase más horrendas y mortíferas, en lo que se refiere al movimiento obrero en Francia, fueron cometidas por gobiernos liberales o republicanos, y por consiguiente de izquierdas. La segunda fue la represión de la Comuna de París, impulsada por Thiers en mayo de 1871. Hablar de alianza con la izquierda, o sea con los verdugos, por parte de los socialdemócratas, en este caso hubiese sido cuando menos indecente y totalmente impensable. Sin embargo, esta imposibilidad se haría realidad en vísperas del caso Dreyfus⁴². A los cuatro años de empezar el asunto, y ante la inminencia de un golpe de estado de la derecha monárquica, los socialistas del parlamento y la izquierda negociaron un compromiso *provisional* de «defensa republicana». De provisional no tuvo nada, ya que se erigiría en realidad en el acta fundacional de la *izquierda*, es decir, el punto de partida que conduciría a vaciar a la socialdemocracia de su supuesto contenido «obrerista» y popular a cambio de un nuevo campo abierto hacia la consecución de algo tan etéreo como el «progreso». Y solo a partir de la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista se ocultó bajo esta oscura denominación.

42 Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, ed. Pre-Textos, 2000.

Resulta paradójico que la izquierda actual, al renunciar a deshacerse del capitalismo hace ya más de medio siglo, haya conseguido uno de los malabarismos políticos más singulares de la historia: conseguir un salto mortal hacia atrás para ocupar el lugar de la izquierda original, esa que precisamente combatían los socialistas parlamentarios.

e) **La magia de consumo masivo: los años dorados del capitalismo**

Pero más allá del circo parlamentario, de su «actuación electoral en la sociedad del espectáculo», como la llamó con acierto Guy Debord, los resultados conseguidos por ese doble juego político y sindical fueron fundamentales para afianzar la sociedad capitalista.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, el proletariado —aunque bien asimilado como categoría productiva del capital en la mayoría de los países europeos y norteamericanos— aún padecía un bajo nivel de vida; el mínimo suficiente para desempeñar su función dentro de la máquina industrial. Pero, *de facto*, quedaba apartado de la riqueza material; era una clase excluida de la sociedad capitalista. Acabada la guerra y gracias al capitalismo norteamericano y a los ingresos provenientes de la «extracción colonial», pero también a la presión que suponía «el peligro rojo» soviético —interior más que exterior—, el capitalismo europeo oriental supliría esta «anomalía». Así, por mediación del Estado, en el más puro estilo keynesiano, el capital pondría en marcha una serie de medidas sociales jamás aplicadas hasta el presente, inaugurando la edad de oro de la socialdemocracia que duró hasta los años 1973-75. El Estado presentó su cara más amable, llamándose «Estado providencia» o «Estado social» y poniendo en marcha una serie de medidas como la seguridad social, la jubilación, el subsidio por desempleo, las ayudas familiares, el aumento salarial y, como novedad, unos sistemas de crédito para el consumo. Luego las centrales sindicales harían suyas esas medidas, conseguidas según ellas gracias a sus «duras luchas», cuando en realidad fueron fruto de negociaciones entre los sindicatos, el Estado y la patronal. En paralelo, el capitalismo siguió innovando para la modernización de sus fuerzas productivas; por un lado, aumentándolas de manera considerable y, por otro, diversificando todavía más su producción. Así, la lucha de la clase obrera se convirtió en una lucha por ganar más

para poder consumir más. Así se cerraba el círculo y la clase obrera se convertía en una clase del capital de pleno derecho.

f) La captación de las energías positivas por parte de la política de los partidos

Así pues, vemos que el partido que toma las riendas del Estado, sea cual sea, sigue las pautas que le marca el capital. Es el papel histórico que le ha otorgado el capitalismo al Estado y que le es inherente: mediatizar los conflictos de clase, negociando primero y reprimiendo, de ser necesario (o al contrario); socializar las pérdidas y privatizar los beneficios de las empresas y bancos, o del propio Estado; ayudar a integrar cada vez más todos los espacios y las funciones humanas en el círculo vicioso de la sociedad de mercado; mantener el individualismo, el fetichismo del trabajo y del dinero; incentivar la competitividad; abrir nuevos mercados dentro y fuera del país, mediante seducción o violencia, etc. La lista de sus funciones es interminable.

Sin embargo, pese a tal evidencia histórica, no solamente de la instauración del Estado como proceso concomitante a la construcción y perfeccionamiento del capitalismo, sino también del estrepitoso fracaso de cualquier intento de utilizarlo en contra del capital, el canto de sirenas del Estado, como sucediera en el pasado, sigue encantando a muchas personas deseosas de cambio. Aunque lo que no sabemos es hasta que punto ese deseo de cambio es el de un cambio radical, el de la supresión del capitalismo o simplemente el de sus síntomas más visibles, para seguir supuestamente gestionándolo «mejor». Pero lo que salta a la vista es que para cualquier reforma «progresista» —suponiendo que se pueda llevar a cabo—, el Estado precisa liquidez, o sea, del conjunto de las categorías del capital que permiten crear valor y plusvalía. Por muchas vueltas que le demos, el Estado depende del capital para garantizar las condiciones de la reproducción de la sociedad capitalista. Sus mejores promotores son los partidos aspirantes a tomar sus riendas, unos «mini estados» en potencia pagados por el Estado.

Sin duda, los más perniciosos y funestos para los movimientos emancipadores son aquellos que pretenden mezclar agua y aceite, a saber: el Estado y sus ramificaciones (como las municipalidades), por un lado; y por otro movimientos como el 15M —que gritaban «no nos representan», «un pueblo unido no necesita partido»—, plataformas antidesahucios, anarquistas y movimientos asamblearios, por otro.

Este propósito es una de las máximas ambiciones de algunos partidos del Estado español: desde la Izquierda Anticapitalista integrada en Podemos, a los del municipalismo integrador de Barcelona en Comú, Ahora Madrid, etc.

g) **El sindicalismo revolucionario actual: una ilusión**

En el movimiento anarquista ibérico, hasta hace poco, resultaba casi injurioso criticar al movimiento obrero, y más aún al anarcosindicalismo. Sin embargo, debemos ser lúcids sobre nuestra propia historia si es que queremos realmente salir del misticismo que rodea las hazañas del anarcosindicalismo más potente de la historia que originó la mayor revolución jamás habida (Guy Debord), y así hallar soluciones que no tropiecen con los mismos escollos.

Lo interesante es ver el recorrido ideológico producido con la evolución del mundo laboral y de la sociedad capitalista en el transcurso del medio siglo que separa la llegada del revolucionario anarquista Fanelli al Estado español, e incluso antes, hasta la derrota de mayo de 1937.

Ahondando sus raíces en una larga tradición comunalista de luchas y autonomía campesinas, de una sociedad fuera del alcance del Estado, el anarquismo ha sabido preservar durante mucho tiempo esas tradiciones de integridad moral; pues, si bien querían expropiar a lxs ricxs, aborrecían las riquezas y el lujo de las clases pudientes. Como dijo Gerald Brenan⁴³, «[...] el anarquismo, al igual que el carlismo, posee un aspecto atávico: en cierto aspecto constituye una expresión de nostalgia del pasado y una actitud de resistencia a la esclavitud que la moderna estructura capitalista de la sociedad y la tensión y el esfuerzo del trabajo en las fábricas traen aparejada».

Desde 1869 hasta al menos 1914, este planteamiento fue predominante en el anarquismo español. Diego Abad de Santillán, uno de los intelectuales más influyentes

⁴³ Gerald Brenan, *El laberinto español: antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, ed. Planeta, 2008, p.110

del anarcosindicalismo español, la CNT, creada en 1910, fue sin duda un reflejo de su evolución. Durante mucho tiempo afirmó preferir el municipio rural y se opuso a la dominación del *sindicato* en el movimiento anarquista⁴⁴. Así, escribiría aún en 1931:

El industrialismo moderno, a la manera de Ford, es puro fascismo, un despotismo legitimado. En las grandes fábricas racionalizadas, el individuo no es nada, la máquina lo es todo. Aquellos que entre nosotros aman a la libertad no solamente son enemigos del fascismo de Estado, sino también del fascismo económico⁴⁵.

A los dos años, en cambio, daría un giro espectacular describiendo la industria moderna como fuente de orgullo de la especie humana ligada a la dominación de la naturaleza. Apuntaba, con aprobación, que la taylorización había eliminado «los movimientos improductivos del individuo». Además, elogiaría la fábrica Ford «en la cual se acabó la especulación, se garantiza la salud del personal y aumentan los salarios. El resultado es preferible al de una minúscula empresa de Barcelona»⁴⁶.

Este giro de Santillán no es único; gran parte de las personas más influyentes de la CNT, del sector más sindicalista, siguieron sus pasos. Las diferentes corrientes más rebeldes y para nada dispuestas a doblegarse a los detestables e inhumanos ritmos de la industria capitalista, en cambio, mostraron su oposición al «ideal» que sugería Santillán:

El ritmo humano no determina el de la máquina; es el de la máquina el que determina el del hombre. [...] El localismo económico forma parte del pasado y, allí donde todavía persiste, debe ser enviado al museo de antigüedades. Es la organización de la fábrica, y no la de la comuna libre —remanente de «visiones trasnochadas» [...]— ni la de los grupos de afinidad, la que ha de ser el núcleo de la sociedad anarquista futura⁴⁷.

44 Revista *Sortir de l'économie*, n.º4, 2012, p.33 (trad.a).

45 *Ibidem*.

46 *Ibidem*.

47 Revista *Tiempos Nuevos*, del 5 de septiembre de 1934, citado en *Sortir de l'économie*, n.º 4, 2012 p. 34 (trad.a).

La finalidad inicial por la cual se constituyó la CNT en 1910, la de ser una herramienta de lucha y resistencia, sufrió un cambio de orientación en su tercer congreso, en el año 1931, y adoptaría esa corriente que iba a imponerse en la CNT durante la revolución del 36, hasta llegar al extremo de involucrarse en el aparato del Estado con sus propios ministros. Las federaciones nacionales de industria, de hecho representarían una herramienta eficaz de resistencia al capitalismo, con objeto, tras la revolución de sustituirlo con hegemonía en la dirección de la sociedad. Con lo cual, las fábricas, el lugar de trabajo *pasaba a reemplazar todas las formas políticas de asociación*, lo que no podía más que oponerse a la cultura popular de los barrios imbuida de lazos directos y emocionales⁴⁸.

Evidentemente, estas resoluciones demuestran una férrea voluntad de eliminar la lacra de la miseria del mapa del Estado español, pero a la vez enmarcaban a la CNT en una lógica teórica compartida con los sectores más revolucionarios del sindicalismo europeo⁴⁹, a saber: la misión histórica de proletariado, tal y como la concebía el marxismo tradicional, de destruir al capital. Una crítica del capitalismo desde la óptica del trabajo.

Este enfoque minimalista a la hora de analizar el capitalismo, este «anticapitalismo truncado», fue un error histórico que llevó a la CNT a un *impasse* que se puso de manifiesto ulteriormente durante la revolución de 1936, salvo en el caso de las colectividades de Aragón.

El capitalismo se analizó solamente como sistema de explotación de una clase por otra clase, en la que la primera se llevaba toda la riqueza social en detrimento de la segunda, gracias a la propiedad privada de los medios de producción, garantizada por el Estado. Así pues, bastaría con eliminar el Estado y la propiedad privada para arrebatarle los medios de producción a los capitalistas y repartir la riqueza entre todos. Pero si bien quedaba claro que se rechazaba la dominación en el lugar del trabajo, no se ponía en duda la dominación del trabajo en sí, como factor de dominación, sino que fue más bien sacralizado. Contrariamente al concepto preindustrial del reparto del

⁴⁸ *Ibidem*. Esta oposición se hizo patente en los enfrentamientos continuos que tuvieron lugar desde el principio de la revolución, sobre todo en Barcelona, y que culminó con la revuelta de mayo de 37. Véase el historiador Agustí Guillamón.

⁴⁹ Véanse las tesis del anarcosindicalista francés Pierre Besnard.

trabajo y de los bienes gracias a un amplio abanico de costumbres, lazos tradicionales, etc., con el capitalismo los seres humanos ya no consumen lo que producen como comunidad, sino que producen y consumen mercancías para adquirir otras mercancías, por medio del trabajo, de su parte abstracta, de su valor, del dinero. Así pues, el trabajo se hace imprescindible y se convierte en una pieza clave del comercio, sea cual sea el sector (armamentístico o juguetero); su objetivo deja de ser satisfacer las verdaderas necesidades. Por otra parte, puesto que el lugar de trabajo fue creado inicialmente por el capitalismo en aras de una eficiencia productivista, la sociedad se ve maniatada a la voluntad de la industria con la excusa de satisfacer todas las necesidades de la población. Por ello, durante la revolución se llegaría a elogiar el productivismo, el taylorismo, además del trabajo, considerado como un sacrificio voluntario, incluso tras la caída del capitalismo.

El propio Santillán apuntaba ya la sociedad de consumo en el elogio del automóvil:

No hace tanto, el automóvil era una rareza que despertaba el deseo allá donde iba. Hoy día, es un vehículo prácticamente proletario indispensable que debe estar a la disposición de todos, absolutamente de todos los habitantes que lo necesiten⁵⁰.

Con este discurso no es de extrañar que Joan Pau Fábregas, el ministro de Economía de la Generalitat de la época, se afiliara a la CNT.

En realidad, estos breves apuntes históricos pretenden darnos a entender que no podemos seguir pensando el anticapitalismo desde categorías que le son consubstanciales. Hemos visto que no podíamos pensar el anticapitalismo a partir del Estado, y si para muchas personas es una evidencia, no lo es para el sindicalismo, el cual todavía se considera una herramienta anticapitalista, cuando en realidad es una pieza fundamental de ese mismo capital. Por sus reivindicaciones salariales, el sindicalismo —una vez eliminado el sector más revolucionario de sus inicios y criminalizadas sus reminiscencias (caso Scala)⁵¹—, constituye un motor y un

50 Santillán, 1936, en *Sortir de l'économie*, n.º4, 2012, p.37 (trad.a).

51 El **Caso Scala** fue el proceso judicial desatado a raíz de un incendio provocado por la policía en la sala de fiestas *Scala* de [Barcelona](#) el [15 de enero](#) de [1978](#) que resultó con la muerte de cuatro personas y en el que se intentó inculpar a las organizaciones [anarquistas CNT](#) y [FAI.1](#)

aliciente para el capital. Obliga al capitalista a abaratar los costes de producción, en su lógica estructural, y a invertir cada vez más en innovaciones tecnológicas, lo que a su vez tiene por efecto reducir cada vez más la plantilla de trabajadorxs. Así, los intereses de las clases trabajadoras, divididas y subdivididas en subclases, dependen de la clase capitalista, ya que fluctúan según el buen rendimiento de los distintos sectores de actividad. Como si de una partida de *ping-pong* se tratara, ambas están inmersas en una misma lógica productivista: la patronal por su implacable necesidad competitiva en los mercados, y lxs obrerxs por su necesidad de mantener su puesto de trabajo. Un ejemplo de esa dualidad circular es el de la obsolescencia programada, ya que si los productos fuesen duraderos tendríamos menos puestos de trabajo. Todo lo anterior explica que las grandes centrales sindicales giren entorno al otro polo del capital: el Estado que las subvenciona.

Con todo, no pretendemos cargar contra el sindicalismo de forma indiscriminada, por lo menos no contra su sector más combativo; porque mientras haya clases, habrá luchas de clase. No obstante, es evidente que hemos de dar la espalda al papel central que este tuvo otrora y volver a definirlo como una herramienta más de defensa y lucha.

h) La última metamorfosis del capitalismo

Otra agravante más para el sindicalismo —que le afectó sin duda mucho más a él que a otros colectivos de lucha—, fue la implantación del sistema anglosajón de gestión del trabajo por parte del Estado y la patronal a partir de los años 70, tanto en las empresas públicas como privadas, así como la atomización del trabajo. El nuevo paradigma es la meritocracia que encarna la auto explotación del «trabajador autónomo» en todos los países que conforman la zona de confort del capitalismo avanzado, antes industrial y ahora en una fase de locura comercial generalizada: horarios de apertura de «24 horas, los 7 días de la semana»; contratos precarios; mejora obligada de la productividad, controlada por medios informáticos y premiada mediante primas que incentivan la competitividad desenfrenada en el corazón de las empresas (hasta el extremo de desestabilizar la indispensable cooperación entre trabajadorxs, en detrimento hasta de lxs propixs jefxs) e incluso, lógicamente, la

competitividad «de sí para sí»⁵². Todo ello da lugar a la sociedad capitalista «thatcheriana» («la economía es el método; el objetivo es transformar el alma»), y a la degradación social, pues la mayoría de lxs proletarixs, responsables de su productividad, sufren el síndrome del/la trabajadorx quemadx, o dicho de otro modo, un agotamiento psicosomático extremo agravado por la culpabilización de «lxs perdedorxs» que desemboca cada vez más en el suicidio⁵³. El capitalismo ha cambiado de escenario y metodología, y según la jerga de la economía política ahora se llama «neoliberalismo», con una importante implicación jurídica del Estado tras su fase liberal (siglo XIX, principios del XX), mas esa es la lógica evolución de la «hidra capitalista»: en el fondo, y bajo sus nuevos hábitos, sigue siendo igual; con la misma lógica implacable.

Desde su nacimiento en el siglo XVI, en cada giro que da, la etapa anterior sienta las bases para la siguiente, como sucedió con el paso de un capitalismo agrario a uno industrial, pues, como dijimos: «esta sinergia, dentro de un conjunto de técnicas coherentes, es la que forma un sistema técnico, a saber, una serie de interdependencias técnicas entre sectores económicos clave». El fulgurante ascenso de la informática a partir de los años 70, junto con la saturación de los mercados en los países occidentales, constituyó sin duda el sustrato idóneo para dicha evolución. Ante esta saturación, los flujos financieros se han disparado, pues el capitalismo ahora vende sobre todo “futuro”, aire. Así, lo mismo vende armas que deseos, colonizando las subjetividades en nuestra vida cotidiana y todo ello en el mundo entero, fabricando los sujetos más aptos para procurarle beneficios de manera inmediata. Pero no hubiera sido posible esta aceleración del fenómeno de compraventa que coloniza nuestras vidas sin la globalización de la informática, del dinero electrónico y de los dispositivos que nos mantienen conectadxs a Internet de continuo.

El que el capitalismo haya conseguido convertirse en un «hecho social total», como afirma Mauss con acierto, no debe ocultar el principal problema: la destrucción de la vida llevada a su paroxismo por la naturaleza profunda y estructural de ese mismo

52 Renaud Garcia, *La nature de l'entraide. Pierre Kropotkine et les fondements biologiques de l'anarchisme*, ENS Éditions, 2015, p. 13.

53 «Cada cual es señor y esclavo de sí mismo, de forma que la lucha de clase se transforma en una lucha interna individual: quien fracasa se culpa y se avergüenza de sí mismo. Se cuestiona a sí mismo en lugar de cuestionar la sociedad», Byung-Chul Han, citado por Marilú Zamora en la revista en línea Kairos [www.kairospresse.be] (trad.a).

capitalismo. Por otra parte, la sociedad del espectáculo que ha engendrado, por ese engaño del crédito fácil generalizado y por la falta de perspectiva, nos hace perder de vista la propia constitución y estructura del capitalismo en el que estamos inmersos, como hemos visto, y que dispersa nuestras energías al intentar curar lo incurable. En ese amplio espectro de buenas voluntades que buscan «el cambio», ciertamente encontramos a anticapitalistas «desviadx», y hasta políticxs profesionales, pero también a defensorxs del medioambiente, proveedorxs de ayuda humanitaria, etc.; lxs cuales se centran en los efectos colaterales eludiendo la cuestión central de la estructura determinante. Así, como afirma David Graeber:

Si imaginamos el capitalismo como un juego, entonces, una cosa es lamentar la suerte de los perdedores, apuntar que la mayoría de los jugadores perderán o incluso que las reglas son tan injustas que algunas categorías de jugadores están abocadas a perder; y otra muy distinta decir que el juego destruye el alma incluso de los ganadores. Decir esto significa que el juego, simple y llanamente, no tiene sentido. Y hasta el premio es malo⁵⁴.

Ese tipo de ambición revolucionaria, esa que no acepta las reglas del juego, es la que necesitamos. Y esas reglas son precisamente las estructuras intrínsecamente antinaturalistas del capitalismo de las que hemos de deshacernos elaborando otras nuevas, llenas de esperanza y vida, pues, como nos recuerda Henri Laborit:

Puesto que todo está vinculado, desde la física molecular a la sociología, la economía política, el papel del ser humano debería ser en primer lugar el de buscar estructuras, es decir, las relaciones existentes entre los elementos que componen los distintos aspectos del conjunto espacio-temporal al que este pertenece.

La estética [...] entendida como una búsqueda de estructuras, nos parece el único medio del que dispone el ser humano para armonizarse con la naturaleza, de fundirse en ella sin dejar de ser él, es decir, siendo consciente de esta armonía.

La eficacia consiste, de hecho, en ajustar las acciones propias a la estructura del mundo; estructura que se vuelve la búsqueda esencial y jamás acabada de la vida humana. Esta

54 David Graeber, *Direct Action: An Ethnography*, 2009, AK Press, p. 525 (trad.a).

tan solo se inspira en el pasado para formular mejor el futuro, y se inserta en la eternidad, no en el instante⁵⁵.

55 Henri Laborit, *Biologie et structure*, 1968, Folio Essais, Gallimard, p. 13-14 (trad.a).

II.- LOS MEDIOS ADAPTADOS PARA SALIR DEL «CAPITALOCENO⁵⁶»

1) Situación actual: (las fuerzas con que contamos/a nuestro alcance)

a) Situarnos en la historia: los cimientos de la construcción

Partimos del postulado filosófico, compartido entre las diferentes corrientes del socialismo original y la ecología social en particular, de que nuestra naturaleza humana solo se puede desarrollar mediante los lazos trenzados con nuestros semejantes desde la mismísima concepción. Siendo la calidad (empatía, cariño, apoyo mutuo, etc. o su ausencia) y la intensidad (o debilidad) de estos lazos de reciprocidad las que determinan el tipo de sociedad⁵⁷ y la relación de esta última con la naturaleza, con la biosfera. Nos encontramos pues a las antípodas de la concepción liberal del ser humano según la cual este sería una pieza suelta, dueña de sí misma, que establece contratos puntuales con sus semejantes por interés propio y de manera calculada.

Por otra parte, para la ecología social, tal y como la define Murray Bookchin, los desastres ecológicos tienen su origen en las injusticias sociales. De ahí que la ecología social se interese especialmente por la historia como trama y camino esencial para indagar el origen y la evolución cronológica —aunque no siempre lineal— de la dominación (empezando por el género, la edad, etc.), de las injusticias, de la sociedad

56 Actualmente nos encontramos en el «antropoceno», pues, como especie humana, seríamos colectivamente responsable del cambio climático, la extinción masiva de especies, la deforestación tropical, una destrucción medioambiental sin precedentes y una contaminación y erosión inéditas desde el punto de vista histórico. ¿Podemos realmente culpar, sin hacer distinciones, a un *anthropos*, toda una especie, y abogar por el «buen» antropoceno tecnocientífico y un capitalismo «verde»? Deberíamos plantearnos si quizás nos encontremos más bien, como afirman Andreas Malm, Jason W. Moore, John Bellamy Foster y otros autores de la «crítica del valor», ante un «capitaloceno», una dinámica específica social e histórica con consecuencias ecológicas igualmente específicas, las del capitalismo, que requieren pues que dejemos atrás al mismo tiempo tanto el «Antropoceno» como el capitalismo (Palim Psao).

57 A su vez las «sociedades sanas» favorecerán los lazos de empatía mientras que las «sociedades alienadas», por el contrario entorpecerán esos lazos a partir del nacimiento, e incluso antes. Véase al respecto: Michel Odent, *Votre bébé est le plus beau des mammifères*, Ed. Casilda Rodrigagnez,

de clases, del mercado y del capitalismo. Esa misma historia que nos ha llevado hasta el punto crítico en el que nos encontramos: el capitalismo como una totalidad y un totalitarismo, destructor a la vez de los lazos sociales y de los ecosistemas cunas de nuestra especie y nuestra sociedad. Pero ¿hasta cuándo podremos mantener nuestra integridad social, y por consiguiente personal, y la de nuestro entorno natural? Nada más hemos de ver el antagonismo entre la necesidad vital del capitalismo de buscar un crecimiento ilimitado y el consiguiente agotamiento de los recursos naturales, la destrucción de los ecosistemas, a la vez que la exclusión masiva de millones de personas que ya no le sirven para reproducirse.

La ecología social, gracias a su indagación crítica y minuciosa, cuyo objetivo es enriquecer nuestras reflexiones, nos lleva no solamente a destapar los mecanismos que, poco a poco, durante la historia inducen, determinan y crean la mayor sociedad destructiva de todos los tiempos, sino también a considerar la historia como una dinámica dialéctica abierta, que nos permite rechazar tajantemente tanto una visión lineal y determinista de la historia como el fin de la misma, tal y como anunciaban sus secuaces liberales, ya sean Thatcher o Fukuyama.

El conocimiento de la antropología y de la etnología, como parte constituyente de la historia, esa de los pueblos prealfabetizados, nos permite descubrir un mundo de «sociedades sanas», en contraposición a nuestras «sociedades alienadas», pese a que algunas contenían los gérmenes de la dominación actual. Afortunadamente, a lo largo de la historia y desde el inicio del capitalismo hasta al presente, por esas dinámicas de dialéctica abiertas, podemos vislumbrar unas fisuras que nos acercan a esas «sociedades sanas»⁵⁸, o sea, liberadas de la alienación. Unos indicios de lo que podríamos llamar sociedades autónomas (Castoriadis), unas brechas dentro del propio capitalismo, como llama Holloway a esos intentos revolucionarios de invertir el rumbo de esta sociedad. No cabe duda que esas brechas se han cerrado, pero también que han dejado rastro, semillas y huellas de las que podemos aprender. Otras se abren aquí y allá, cada vez más certeras (Chiapas, Rojava, etc.). Es ese conocimiento de la buena dirección —sin perder de vista la equivocada— lo que nos permite afianzar nuestro convencimiento de que otro mundo es posible, más aún cuando enlazamos esas brechas con estructuras y prácticas del presente todavía vivas, heredadas del pasado

58 Erich Fromm: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea. Hacia una sociedad sana*, Fondo de Cultura Económica, México 1971, 9ª reimpresión de la 1ª ed. castellana 1956, trad. Florentino M. Torner.

(concejos abiertos, por ejemplo). Todas estas, unidas en una continuidad es lo que constituye nuestro referente, el núcleo vivo y el punto de partida de nuestro convencimiento y propósito de, aquí y ahora, apostar por y dar nuestros primeros pasos hacia una sociedad poscapitalista.

b) Ver y situarnos bien en el presente para echar a andar

Es vital e indispensable comprender con la mayor exhaustividad posible el terreno que pisamos, los márgenes de actuación de los que disponemos y los lugares pantanosos que hemos de evitar haciendo uso de todos los conocimientos y saberes a nuestro alcance. Asimismo, es importante tomar consciencia de que somos parte del problema y de que nos dejamos llevar, tanto como víctimas inconscientes como actorxs supuestamente conscientes. Solo reconociéndolo podemos ser humildes y aprender la manera de emprender la marcha, y apoyar y apoyarnos en aquellos movimientos que ya echaron a andar. Es la condición *sine qua non*, la posibilidad más certera para una acción fundadora de largo alcance y amplio espectro, capaz de «contener muchos mundos». Así preparadxs tendremos más oportunidades de evitar quemarnos a corto plazo o volver a sufrir las derrotas de nuestros antepasados, y por tanto de allanar el camino de la construcción y la esperanza. Y es que la derrota es un «lujo» que ya no podemos permitirnos en este siglo XXI, pues la dinámica de presión del capitalismo es demasiado fuerte y veloz, y si no conseguimos iniciar de inmediato ese camino esperanzador será demasiado tarde para volver a crear las condiciones necesarias para conservar la integridad de la humanidad y borrar las huellas ecológicas del capitalismo destructor. No es que abogemos por el catastrofismo que de la misma manera sirve tanto al capitalismo que a sus detractores⁵⁹, mas no podemos dejar de ver a los millones de personas que ya no sirven para reproducirlo (dos mil millones, según el último estudio del FBI), y el ya confirmado pico del petróleo. La disminución de esa energía barata comportará una caída de la capacidad productiva a todos los niveles pero abarcará sobre todo los ámbitos del transporte y la alimentación, ya que el petróleo es el abono de la industria agrícola.

59 Cual serpiente que se devora por la cola, el capitalismo se nutre del catastrofismo y además se propone como su propia alternativa (capitalismo verde, economía circular, *coaching*, terapias, etc.), alimentándose de sus propios desastres.

Es evidente que este sistema capitalista se avecina hacia el colapso y por tanto a su perdición, pero no es ningún consuelo pues, de no estar preparados, lo que nos espera es poco halagüeño; puede llegar incluso a ser peor todavía, por ejemplo, podríamos volver a un escenario parecido al de las bandas armadas del Medioevo, que luchaban a muerte unas contra otras. Como decía Bookchin: si no hacemos hoy lo imposible para vencer nos encontraremos con lo inconcebible.

No aspiramos en absoluto a curar lo incurable, como parecen querer todxs lxs sociademócratas sin distinción, sino deseamos ir más allá y de la manera más resuelta. Sin duda, hoy día es más fácil imaginar el fin del mundo que el del capitalismo. El único imaginario posible, la única salida imaginable para los «paladines del capitalismo» es apelar a una mayor tecnociencia desenfrenada, racionalizar la afectividad humana y adaptarse a un mundo sintético con todo tipo de prótesis, como propone el transhumanismo, y convertirnos en cibernéticos. En el mejor de los casos, para rellenar ese vacío de imaginación «podríamos evitar la desaparición de la humanidad colonizando otros planetas», como decía Stephen Hawkins en *El Mundo* el 21 de septiembre de 2014. Sin comentarios.

c) Atreverse con un nuevo paradigma poscapitalista indispensable: un horizonte que avanza a medida que nos dirigimos hacia él

«Se ha creado el convencimiento de que el nuestro es el único paradigma posible. Esta es la primera transición que hay que hacer; sin ella, las demás fracasarán». Así es como Turiel⁶⁰ se hace eco de unas palabras pronunciadas el 27 de marzo de 1986 por Cornelius Castoriadis:

[...] Es algo que se aplica tanto a la sociedad como a los individuos: hace 30 o 60 años, la izquierda nos hablaba del Gran Día, la derecha de progreso indefinido, etc. Hoy día nadie se atreve a expresar un proyecto ambicioso, ni siquiera mínimamente razonable, que vaya más allá de la aprobación de los presupuestos o de las próximas elecciones...⁶¹.

60 Científico e investigador español especializado en energía.

61 Debate en la BBC entre C.Castoriadis y Christopher Lasch (trad.a).

Y esta falta de perspectivas, ligada a la insignificancia de la vida en la sociedad capitalista y a la ausencia de una comunidad de vida a la que podamos pertenecer o con la que podamos identificarnos, crea una «crisis identitaria» de la que volveremos hablar más adelante.

Afortunadamente, seis años después de esta lúcida constatación de Castoriadis, irrumpiría el zapatismo en Chiapas volviendo a encender una vela de esperanza; vela que siguen manteniendo desde 1994 como un nuevo paradigma, gracias a su osada propuesta de un proyecto internacionalista para el mundo, «un mundo donde quepan muchos mundos» (la *Sexta*).⁶²

Ahora nos toca a nosotrxs afianzar ese ambicioso proyecto con nuestras propias problemáticas y nuestras herramientas, pese a encontrarnos mayoritariamente en esta ambigua clase media, mantenida por el capital entre promesas de ascensión y amenazas de descenso a los infiernos, ese mismo situado en los márgenes de su zona de confort. No podremos avanzar y estaremos condenadx a permanecer a la defensiva y sin rumbo a menos que seamos capaces de proponer a todas las personas desencantadas, o simplemente conscientes, ese imprescindible proyecto de «re-encantamiento» del mundo.

Mas para ello es vital no apoyarse únicamente en las teorías, en el vacío intelectual que se produce cuando no recurrimos a esa misma teoría, a la reflexión sensata, para evitar dar pasos en falso o ayudarnos a resolver las problemáticas concretas del andar. La teoría es una linterna, pero esta nos ciega cuando nos quedamos paradx mirándonos el ombligo. Sin embargo, en cuanto levantamos la mirada hacia el horizonte, es esta la que nos permite ver los escollos y vislumbrar ese mundo por el cual merece la pena vivir, porque necesitamos ocupar la vida entera.

Hemos de reflexionar sobre cómo alcanzar nuestros objetivos siendo conscientes de que no existe un único camino y que no debemos ser inflexibles y dogmáticxs. Saber adaptarse a las situaciones locales es lo más sabio. Lo verdaderamente importante es

62 Sexta Declaración de la Selva Lacandona en: enlacezapatista.ezln.org.mx/sdsl-es/

coordinar nuestras acciones a fin de proponer otras instituciones de democracia directa.

2) Los medios han de adaptarse a los fines

a) **De la ecología social como herramienta analítica**

La defensa a a ñas y dientes de nuestra dignidad y nuestra integridad en la sociedad y en el mundo natural resulta imprescindible e incuestionable. No obstante, si solo nos centramos en ella, estaremos abocados a repartirnos en mil frentes, en el terreno del Capital y siempre a la defensiva.

Pasar a la ofensiva no significa que vayamos a imponernos por la que en una lucha puntual la relación de fuerzas nos sea favorable fuerza a menos. Podemos concebir lugares ocupados como «territorios liberados», bases de operaciones avanzadas, una parte de un todo futuro⁶³. Se trata de estudiar y valorar las posibilidades que se nos ofrecen para ir ampliando las brechas de esperanza, pasadas y existentes, e ir abriendo nuevas, relacionarlas entre ellas para que florezcan en el mundo desesperado dominado por el capitalismo, hasta que desaparezca de nuestras vidas y del mundo entero. De lo contrario, este lo hará con nosotrxs y con el mundo.

Murray Bookchin es uno de los pocos pensadores en aportar análisis teóricos coherentes con la ecología social y, a la vez, propuestas prácticas de municipalismo libertario en las que fines y medios van de la mano.

Con la ecología social, se fragua una herramienta analítica de amplio espectro, y como bien recuerda en su obra más importante, *La ecología de la libertad*⁶⁴, lejos de ser

63 La ZAD (Zona A Defender) surgida a raíz de la lucha contra la construcción de un nuevo aeropuerto en Notre Dame des Landes, ilustra cómo una lucha concreta puede unir a una oposición políticamente dividida, evidenciar la connivencia entre el Estado y el capitalismo y al tiempo hacer plausibles, mediante una práctica coherente, las tesis de autogestión anticapitalista y, por ende, las propuestas del municipalismo libertario.

64 «Cuando un libro sea tan *simple*, tan *claro* y tan unitario —en un tema tan elitista— que no requiera ni enmiendas, ni modificaciones, el lector tendrá que buscar en otra parte». Contraportada

perfecta queda abierta tanto a enmiendas como a enriquecimientos de toda índole. Partiendo de su genial propuesta fundadora de la ecología social, según la cual los desequilibrios ecológicos tienen su origen en las injusticias sociales, pone en jaque al pensamiento economicista —marxismo incluido—, que considera las jerarquías de poder de las primeras civilizaciones una necesidad existencial de la humanidad para sacarle provecho a una naturaleza «avara». Con Murray Bookchin la dominación de unos seres humanos sobre otros pierde su naturalidad, empezando por el hombre sobre la mujer, y el capitalismo se presenta como la suma y la multiplicación de todas las dominaciones. Asimismo, aunque se sitúa en la corriente libertaria, este ha sabido apartarse de cualquier dogmatismo y juntar lo mejor de cada corriente emancipadora.

b) Del municipalismo libertario como medio para un fin sin fin

En la obra de Bookchin, el análisis dialéctico de la historia es fundamental para entender la evolución de las sociedades humanas y la de estas con el entorno natural al que están hermanadas. Y es precisamente el uso de esa dialéctica abierta en el recorrido histórico la que permite descubrir la creatividad social del ser humano. Su propuesta de municipalismo libertario se inscribe en esta línea, en tensión entre la negatividad totalizadora del capitalismo destructor y sus categorías, y ese nuevo mundo diversificado, compuesto de muchos mundos de comunidad y comunicación intensa, de justicia y apoyo mutuo que queremos extraer de sus entrañas para que viva la vida.

Y es que el municipalismo libertario o comunalismo, como política de la ecología social, se propone como herramienta a la vez que cimiento de la sociedad que anhelamos. Previamente devolveremos a la palabra *política* su sentido original, a saber: la gestión de la ciudad por los propios ciudadanos y ciudadanas, partiendo de la *polis* griega, para diferenciarlo rotundamente de la pantomima de la política actual asimilada al Estado.

de *La ecología de la libertad: la emergencia y la disolución de las jerarquías* de Murray Bookchin
Ed. Madre Tierra, Nossa y Jara, Colectivo Los Arenalejos. 1999

Estratégicamente, primero propone constituir un movimiento municipalista libertario con la creación de grupos de estudios para la autoformación, un buen conocimiento del terreno y la difusión de estos planteamientos. La apuesta sería, aquí y ahora, poner en marcha unas estructuras de poder político compartido, basadas en asambleas de decisión sin delegación alguna, de democracia directa popular, cara a cara. Evidentemente las decisiones asamblearias al principio serán de poca relevancia y tendrán un papel más bien educativo, como *ágora*, pero a medida que vayan creciendo irán tomando importancia, hasta el punto de crear un contrapoder, o mejor dicho, un «doble poder», puesto que no jugará el mismo juego que el poder actualmente institucionalizado. No se trata de que este municipalismo, basado en asambleas ciudadanas, se acople a la extensión de los municipios actuales, en las actuales e inhumanas megápolis. Para que estas sean factibles y efectivas, se tendrán que establecer y autoinstitucionalizar en los barrios para conservar unas dimensiones humanas, siendo la estructura federal la que le otorgaría efectividad en extensiones más amplias.

c) **De las imposturas «municipalistas»**

Sin duda, algunas corrientes autoproclamadas «municipalistas» se acogerían a una de las propuestas de Bookchin: servirse de las elecciones municipales al objeto de dar a conocer el municipalismo libertario, fortalecer a las asambleas vecinales que ya están legalizadas y las que no lo están, inscribirlas en el marco institucional para entregarles todo el poder municipal; lo que quizás tuviera sentido en el estado de Vermont, donde residía Bookchin. Aun así, ese no es ni mucho menos el propósito de esos «municipalismos populistas» que recurren a las elecciones proponiendo programas más o menos radicales pero que antes de empezar —en el mejor de los casos— acaban siendo reformistas. Este es el caso en el Estado español de la marca Ganemos, Ahora Madrid, etc., que usurparon el 15M; y ha sido el de los Verdes alemanes, con unas bases mucho más amplias y potentes que terminaron diluyéndose el magma de la política, confirmando una vez más lo erróneo de recurrir a una categoría del capitalismo, es decir, a las instituciones existentes, lo que siempre nos lleva a un callejón sin salida.

Bookchin ya nos previno de estas derivas:

El municipalismo libertario no es un esfuerzo por construir un gobierno municipal más progresista o más considerado con el medioambiente mediante la elección de candidatos «ilustrados». Este tipo de dirección reformista neutraliza los esfuerzos del movimiento de crear y aumentar las asambleas ciudadanas, y su principal objetivo: transformar la sociedad.

Además, esos municipalismos «a sueldo» del Estado no se proponen ni se plantean salirse de esa lógica capitalista del Estado nación centralizador. En caso de que la estrategia de esos «Ganemos» prospere en los principales municipios del Estado español no les quedaría otra opción que terminar por apoderarse del Estado central, acabando así de cerrar el círculo.

d) **Un proyecto a las antípodas**

El planteamiento de las entidades municipales de democracia directa es totalmente distinto. Partiendo de la *autonomía* —que no localismo— de cada barrio o municipio *descentralizado*, resulta obvia la necesidad de interdependencia económica pero también la necesidad de abordar cuestiones políticas y administrativas que afectan a los niveles territoriales superiores a los del municipio.

El principio amplio de organización política y social que puede institucionalizar la interdependencia, sin recurrir al Estado y conservar al mismo tiempo el poder de las asambleas es el *confederalismo*.

Un concepto y una propuesta que suena familiar a las personas involucradas en el movimiento anarcosindicalista y libertario del Estado español.

Luego, sería tarea del congreso de delegadxs, designadxs por sorteo por las comunidades, coordinar las decisiones políticas de las comunidades miembros. La administración sería la emanación y aplicación práctica de las políticas decididas en las comunidades, que estaría siempre supervisada por ellas.

e) De las diferencias y dificultades propias

Contrariamente a otras zonas del mundo, con comunidades tradicionales aún en funcionamiento —mayormente en Sudamérica y en algunas partes de África y Asia—, en esta zona de capitalismo avanzado nos queda mucho camino que recorrer para volver a tejer la comunidad humana que perdura en buena parte de esos continentes⁶⁵. Tras sufrir un etnocidio por la brutal invasión del reino de España, y el persistente acoso capitalista, las comunidades indígenas de Sud América, gracias a cierta autonomía que les otorga situarse en el ámbito rural, llevan más de 500 años sin perder el hilo de sus tradiciones, luchando, rehaciendo comunidad, resistiendo al envite del dinero y al atropello violento del capital, por vía de sus Estados, incluso los más progresistas.

En cambio, en la zona de confort del capitalismo, donde nos encontramos, la gran mayoría de la población vive en la ciudad, zona privilegiada del capitalismo intensivo, el cual dificulta el acceso directo a las necesidades básicas. Por esta y por muchas otras razones, y pese a que tengamos muchos valores en común, siendo la principal el rechazo radical al capitalismo y a todo tipo de dominación, el proceso de instauración del municipalismo libertario será muy diferente al zapatismo o al confederalismo kurdo del Rojava —ambos armados—, pues tendremos que empezar casi de cero en un entorno cerrado y masificado.

f) Del ámbito social al ámbito político

Bookchin veía prioritario desarrollar de inmediato la actividad política del municipalismo libertario por delante de las demás actividades sociales a fin de dinamizar a la sociedad, sobre todo en lo social, lo educativo y lo cultural, sin apoyarse directamente en los movimientos sociales. Nosotros pensamos que debemos

⁶⁵ Véanse obras como *The Art of Not Being Governed* (El arte de no ser gobernados) de James C. Scott sobre la región de Zomia, en el sudeste asiático; *Sur les petites routes de la démocratie*, AA.VV., editorial Ecosociété, sobre África y todas las obras de Raúl Zibechi y Jérôme Baschet sobre Sudamérica.

—aunque necesite más tiempo— crear esa sinergia partiendo primero de los movimientos sociales existentes más conscientes, proponiéndoles una coordinación por lo político, pero directamente por esos mismos movimientos sociales, primero localmente, luego territorialmente y así sucesivamente.

Los movimientos sociales a los que aludimos —los de lucha y resistencia que han abierto brechas como los «zadistas» de Notre-Dame-des-Landes⁶⁶ o los okupas de *La Esperanza* en Canarias, los movimientos feministas, ecologistas, coordinadoras contra el TTIP, contra las privatizaciones, los desalojos, etc., así como los alternativos, cooperativas de consumo, huertos urbanos, ciudades en transición, etc.—, están más sensibilizados a los atropellos del capital. Al coordinarse en un marco político sin delegación, sus acciones serían más visibles y contundentes, a la vez que favorecerían la toma de conciencia de la ciudadanía. *Adoptar una nítida orientación política anticapitalista, una vez abrazadas las propuestas del municipalismo libertario*, también sirve para ayudar y favorecer el entendimiento y el funcionamiento interno de esos primeros embriones de comunidad, que a menudo se tambalean por los conflictos internos al no poder contar con apoyos exteriores.

Ese compromiso y esa orientación, entre otras medidas que mencionaremos más adelante, también contribuirían a evitar la incorporación al puro ámbito capitalista, el cual se nutre de las numerosas y variadas iniciativas alternativas de todos los campos.

66 Véase nota 54.

g) De lo identitario y demás dificultades de «nuestro bando»

Esto supone un cercano y riguroso diálogo con todas las personas implicadas tanto en luchas como en proyectos alternativos. El obstáculo que habría que salvar es el temor de estas a perder su «autonomía», su idiosincrasia, su «propiedad intelectual», y a diluirse en una estructura más amplia que abarque todas las actividades de un barrio o una ciudad. Sin embargo, este recelo no es más que un reflejo de defensa comprensible, condicionado por las habituales prácticas mafiosas de «entrismo» por parte de los partidos políticos en asociaciones consideradas como simples correas de transmisión para sus ambiciones de poder y control. Pero el miedo a diluirse es también síntoma de un mal que viene de lejos, de cuando pertenecíamos a una comunidad con la que nos identificábamos. Esa necesidad natural de pertenencia, de identificación con un grupo vital, a una comunidad que solo puede ser precapitalista, ha sido reemplazada por identidades colectivas subjetivas que nos han asignado como individualidad propietaria de mercancías, «porque, en general, los personajes que aparecen en la escena económica son tan solo la personificación de las relaciones económicas que existen entre ellos»⁶⁷. Y tenemos tendencia a ponernos esa máscara del personaje correspondiente: maestro, electricista, policía, educador, etc., y lo hacemos creyendo que es puro resultado de nuestro esfuerzo, de nuestra propia voluntad. Por lo que a la pregunta «quién eres» se suele contestar en términos funcionalistas de personificación: la profesión. Este es el hombre unidimensional al que alude Marcuse, que no sabe pensar ni hacer otra cosa, y menos la revolución. Luego, al no enfrentarnos a ese sometimiento, hemos necesariamente de evadirnos del maltrato psicosomático impuesto por el trabajo y recurrimos a las máscaras «culturales» que escogemos entre un amplio abanico (el Barça, el Atlético, la Patria, etc.) para formar parte de un bando y que nos aportan una seguridad de naturaleza competitiva y guerrera. Dar el paso de identificarnos con un partido político no cambia sustancialmente el fenómeno y puede incluso que lo agrave. Seguimos en las mismas lógicas de jerarquías de dominación y sumisión, aun cuando adquirimos un mayor nivel de consciencia. Por el contrario, al sumarnos a los colectivos sociales de lucha y alternativas anteriormente mencionados, quienes pensamos pueden constituir el mejor sustrato para un campo político de democracia directa, sin duda damos un paso adelante, pues tenemos la convicción de que con los partidos políticos son más de lo mismo.

⁶⁷ *El capital* (1867), de Marx, citado por Holloway p.194.

Malgastamos mucha energía en mantener dichas lógicas identitarias, y tal vez con unos componentes agravantes singulares, ya que a menudo nuestra identificación ideológica nos encierra en una creencia, en un fetichismo entorno a unas siglas, a una bandera con ritos propios, creando un cerco a nuestro alrededor, aislados de la realidad y sin propuestas audaces. El municipalismo libertario precisamente propone romper ese cerco, esa lógica identitaria, saliendo a la calle para federarse con los demás grupos con amplitud de miras y sin miedo a perder nuestra identidad. Lo que significa que nuestros grupos de afinidad, nuestras singularidades y nuestras diferencias, al estimular la dinámica política, a su vez se verán enriquecidos por retroacción.

No obstante, aún hemos de responder a una cuestión fundamental: ¿cómo podemos crear ese «eslabón perdido» entre organizaciones autogestionadas pero reformistas (como en las AMAP, cooperativas, ciudades en transición, etc. en las que participan militantes radicales, o incluso ecologistas o feministas) y aquellas que ya han adoptado una visión anticapitalista y prácticas abiertamente libertarias en los mismos medios alternativos?

Nuestra propuesta es hacer de estas últimas —una minoría sin duda—, los lugares y la base primordial donde crear un movimiento de ecología social que podría organizarse a escala local, regional o nacional, sin atender necesariamente a fronteras estatales o administrativas. La adhesión sería principalmente colectiva pero también individual, para permitir que lxs militantes provenientes de organizaciones «reformistas» tengan contacto directo con esta dinámica. Y es nuestra práctica, nuestra capacidad práctica en coherencia con nuestras propuestas teóricas las que propiciarán esa adhesión, como sucede con toda lucha que ponga el foco en la práctica cotidiana de transformación individual y colectiva.

Las asambleas que surgieran se organizarían según el «modelo» de una alternativa política radical y de contrapoder, y el conjunto de la población y de los movimientos sociales estarían invitados a participar en ellas. En un primer momento, probablemente algunos movimientos boicotarán la asamblea, mas la idea es desencadenar una acción con un objetivo claro y provocar así el posicionamiento de los movimientos sociales y de la ciudadanía. Si el objetivo es pertinente y responde a necesidades reales de la comunidad, surgirá una corriente de simpatía y adhesión. La idea general es despertar

la «atracción» sobre una base voluntaria y consciente de proyectos reformistas en torno a un proyecto político de contrapoder.

No cabe duda de que debemos estar especialmente atentos a nuestro entorno para no «competir» con otros movimientos sociales a menos que sea estrictamente necesario.

h) De la salida de la economía

Como hemos visto, la economía es un concepto relativamente reciente que surge, allá por el siglo XVI, cuando el capitalismo se separa de las demás actividades humanas y adquiere autonomía y prerrogativas. Por tanto, salir de la economía equivaldría a salir del capitalismo, lo que a su vez significa reintegrarla en nuestras actividades humanas sin otorgarle prioridad alguna. Será entonces cuando el quehacer de la vida reemplace al trabajo, esa categoría básica del capital, y ese quehacer cotidiano habrá dejado de fabricar esas mercancías a través de las cuales nos relacionamos hoy día. Y esto nos lleva a la siguiente cuestión: ¿cómo, en el marco de la dinámica del municipalismo libertario, dejar de alimentar el capitalismo? Por supuesto, tendremos que abandonar todas las categorías capitalistas so pena de que renazca cual hidra cuyos tentáculos rebrotan a medida que los cortamos. Lo más probable es que no lo consigamos en un solo intento, de la noche a la mañana. Así pues, ¿cómo podemos gestionar tal dilema?

Este es otro gran reto del municipalismo libertario y de Bookchin. En su estrategia de oponerse al capitalismo, propone la creación de cooperativas municipales, tanto de productoxs como de consumidorxs (pues casi todas las personas son ambas cosas a la vez), lo cual tiene la ventaja de permitirnos decidir conjuntamente nuestras necesidades reales y los medios para conseguirlas en el marco del medioambiente que nos rodea. Esto parecería sencillo en municipios ya liberados del capitalismo, pero como reconoce el propio Bookchin, en el proceso de transición y de doble poder,

desafortunadamente, con la competitividad del mercado es difícil que cualquiera de estas unidades económicas alternativas permanezca como alternativa durante mucho tiempo. Durante ciento cincuenta años, desde los primeros ensayos de cooperativas

socialistas en Europa, las empresas cooperativas se han visto obligadas a adaptarse a los dictados del mercado, independientemente de las intenciones de sus fundadores y defensores como lo seguidores de Owen por ejemplo.

Así pues, la lacra de la competitividad capitalista, la del trabajo, la creación de mercancías y su valorización capitalista no desaparecerán por completo porque anulemos las unidades económicas individuales y las socialicemos mediante la forma de propiedad pública comunal, al menos hasta que no ocupemos las brechas y el conjunto de los espacios territoriales arrebatándoselo a las garras del capitalismo. Y como no solo de filosofía o propuestas políticas y sociales se vive, y esto no lo conseguiremos de un día para otro, hemos de pensar y hacer uso de toda nuestra en los territorios «liberados», todavía inmersos en el capitalismo.

Sabemos que las relaciones familiares, de amistad o incluso de buena vecindad tienden a diluir las relaciones comerciales y a favorecer la “economía” del don. imaginación para ver de qué manera podemos satisfacer nuestras necesidades básicas

Podemos afirmar sin miedo a especular demasiado que el fortalecimiento de los vínculos sociales entre personas cada vez más conscientes provenientes de la misma esfera comunitaria despertará la confianza en nosotrxs mismxs y en lxs demás, y por ende, nuestra capacidad vital de empatizar con lxs demás y con los seres vivos. Estos vínculos sociales capaces de liberar nuestras facultades más humanas disminuirán la alienación y, al diluirse las relaciones comerciales, se favorecerá la costumbre de dar sin esperar nada a cambio, hasta niveles que hoy día nos parecen impensables. La historia de todas las verdaderas revoluciones libertarias son prueba de ello.

Es posible que el creciente e imparable aumento del paro estimule nuestra imaginación y nos conduzca a actividades complementarias de redes de cooperativas entre las que no existan relaciones comerciales sino aportación de bienes diversificados, tanto del campo como de la ciudad entre centros diversificados de actividad productiva, y todo ello en función de las necesidades expresadas en asambleas comunales. Quedaría por ver cómo se podría establecer este tipo de relación entre regiones más lejanas de forma que se limite al máximo el uso del dinero para intercambios decididos en asambleas comunales locales.

i) **El poder dual no es un camino de rosas**

Según Bookchin,

la adquisición de poder —poder popular—, lejos de ser antagónica a la libertad, es una condición previa para la libertad. La política es el arte de obtener y usar el poder con el propósito de crear libertad, especialmente en la democracia directa de asambleas municipales confederadas [...] si la gente ha de recobrar el poder, debe hacerlo arrebatándose al Estado. No es posible el vacío institucional: el poder estará en manos de unos u de otros.

Esta puesta en marcha de estructuras de poder horizontal precisa de una cultura política de largo alcance que cultive la empatía entre las personas que configuran los diferentes colectivos, siendo conscientes de que no trataremos siempre con grupos de afinidad. De eso se trata cuando se habla de cultivar de manera consciente los valores cívicos compartidos que fomenten y posibiliten la participación de cada vez mas personas que no siempre estarán de acuerdo con nosotrxs.

Por otra parte, para recuperar la propiedad colectiva de los medios de producción y otros espacios públicos no bastará la persuasión y la no violencia, aunque es más que deseable recurrir a ellas cuando sea estrictamente necesario. Si bien contamos con la contradicción «externa» del capitalismo como elemento persuasivo y convincente para presentar nuestro proyecto de ecología social como última oportunidad para escapar a la destrucción lógica e inevitable de los ecosistemas que nos sustentan, las clases ricas y torpes difícilmente querrán abandonar sus privilegios bien custodiados por el Estado. Y puesto que el Estado tiene el monopolio de la violencia, de la fuerza armada, para Bookchin no nos quedaría otro remedio que la creación de milicias armadas de defensa en cuanto los órganos de poder popular hayan adquirido cierta relevancia. Pero ante todo, lo más urgente sería constituir una correlación de fuerzas favorable capaz de «vaciar» institucionalmente el Estado atrayendo a una mayoría social suficiente para sustituirlo.

3) **Hacia un nuevo imaginario**

a) **La necesidad vital de un nuevo imaginario**

Aunque parezca secundario, el imaginario siempre ha constituido un marco de referencias que ha servido de guía a las sociedades. Los paradigmas surgen de la vida social pero a su vez, estos son su cimiento y estructura; y los «paladines del capitalismo» lo saben muy bien. Para ellos es un elemento esencial, pues la sociedad capitalista se sustenta en un imaginario que se ha sido estructurado e impuesto a los pueblos mediante la represión o la seducción. Este imaginario se basa en una racionalidad calculadora transgresiva, y a corto plazo, en la fe en el dinero y en la búsqueda permanente de una felicidad inaccesible, de una condiciones de vida cada vez más lejanas de la vida misma.

Por el contrario, el imaginario del que hablamos, uno de «un mundo donde quepan muchos mundos en un planeta lleno de vida», surgirá de nuestra prácticas y estará en tensión entre una vida intensa y rica en relaciones humanas, es decir, atractiva y placentera en nuestra prácticas cotidianas del «hacer» y, por otra parte, el rigor de nuestras estrategias políticas y sociales.

b) **¿Una nueva oportunidad histórica?**

Una mirada a la historia nos permite ver cómo se produjeron por todo el mundo unas olas sucesivas de acontecimientos similares, sin que sepamos por qué ni cómo se dieron en lugares tan distintos y alejados unos otros, y sin comunicación aparente. Así se han definido las distintas edades históricas: de Piedra, Bronce, Hierro, la Era Axial, etc.

Los periodos de revoluciones sociales que han sido violentamente reprimidas son relativamente recientes. Nacieron en Europa en el siglo XVII con las revueltas campesinas milenaristas y que se prolongaron hasta la primera mitad del siglo XX e incluso más tarde en todo el mundo.

A partir del momento en que el marxismo leninismo pierde fuelle a finales del siglo pasado, surge el zapatismo, que pone en marcha una revolución sin vanguardia contra todo tipo de dominación y discriminación, y que concibe la riqueza humana no como el pobre «monocultivo» capitalista sino como el respeto a las diferencias, «un mundo donde quepan muchos mundos».

En cierta manera este movimiento se hace eco de los anhelos y las brechas jamás cerradas del Mayo del 68 en Europa y en el mundo, donde la subjetividad por fin se ha abierto paso hasta hoy con los movimientos populares como el 15M, las Primaveras Árabes, Occupy Wall Street o la Nuit Debout en Francia.

No se trata de mitificar estos movimientos. Para el capital no representan ningún peligro, pues surgen de manera espontánea y carecen de madurez y preparación para estructurarse. Por otra parte, constituyen a menudo un buen pasto para populismos de todo tipo, dado que estos movimientos no tienen herramientas ni una cultura política adecuada a su alcance.

Pero tampoco podemos negar el giro producido en la aprehensión de lo político, algo que se asemeja a un rechazo de las lógicas dominantes; como si nos hubiese tocado vivir otra época histórica caracterizada por un hartazgo de las formas políticas de la democracia representativa y cierta desconfianza hacía las vanguardias.

Partiendo de las experiencias actuales del «buen gobierno» en Chiapas o del confederalismo democrático del Rojava, y teniendo en cuenta las luchas más cercanas a nuestra realidad como aquellas surgidas contra los proyectos megalómanos inútiles, podemos afirmar que ha llegado el momento idóneo para reflexionar y actuar, aquí y

ahora, sobre cómo proponer un nuevo imaginario internacionalista donde quepan muchos mundos en armonía entre ellos y con la naturaleza.

Ha llegado la hora de poner en marcha nuestras convicciones políticas, que se refuerzan y confirman a la luz y al calor de todas las brechas vivas actuales dialécticamente reunidas, aquellas de aquí y del mundo entero, y aquellas de nuestra memoria viva, de nuestro pasado revolucionario.